486

Año IX. - 1901. Año 5003 de Kaly-Yuga.

TEOSOFÍA



Revista Teosófica

Orientalismo, Gnosticismo, Kabbalah, Ocultismo.







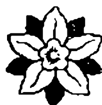
REVISTA MENSUAL
fundada por
D. FRANCISCO DE MONTOLIU Y DE TOGORES
Primer Presidente del grupo español
de la Sociedad Teosófica.
MADRID
Calle de Atocha, 127, duplicado.

Imprenta y Litografía de J. Palacios. Calle del Arenal, 27. — Madrid.

ÍNDICE DE 1901.

Páginas.

Páginas.



ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

AÑO IX

CELEBRAMOS el comienzo del año noveno de nuestra publicación, y con él el advenimiento del siglo vigésimo de nuestra era, período crítico de la cultura desarrollada á la luz de las ideas que se hallaban en fermento hace mil novecientos años, pugnando por abrirse paso á través de las preocupaciones del mundo greco-romano, para alimentar con nueva savia el tronco germano, cuyas ramas debian crecer y nutrir con sus frutos una civilización nueva y potente, llamada á cambiar la faz de la humanidad.

El esfuerzo llevado á cabo hace diecinueve siglos dió como resultante el cristianismo, religión popular acomodada al nivel intelectual de aquellas generaciones, religión exotérica que envolvia las verdades eternas en simbolos y alegorías á propósito para elevar los ánimos infantiles de las razas bárbaras, para suministrarles sentimientos humanos, para educarlas de modo adecuado al cumplimiento de la misión que estaban llamadas á llenar. Sí: el cristianismo era la fórmula educativa que necesitaban los pueblos salidos de las selvas de Germania para sacudir su rudeza y hacerse aptos para la civilización. Incapaces de penetrar el sentido profundo de las sublimes verdades de la Religión de la Sabiduría, expuestas en toda su grandiosa desnudez, hubieran sido inútiles cuantos esfuerzos se hubiesen hecho para adoctrinarlos en ellas; habrían permanecido indiferentes ante una luz que era tinieblas para sus mentes poco desarrolladas, y, sosteniéndose incólumes en su barbarie, hubiesen convertido las ruinas del Imperio romano en perpe-

tuas guaridas desde donde se lanzasen ellos y sus descendientes en busca de sus presas. La civilización hubiera quedado rota en el último eslabón del pueblo romano; la humanidad no habría podido realizar nuevos progresos. Pero ¡ah! estaba allí aparejado el cristianismo para salvarla. Con sus fórmulas vivas de las verdades abstractas, con los contornos humanos de las ideas metafísicas, con la tierna poesía del mito del Logos — abismo de sabiduría en que apenas osan penetrar las más altas inteligencias de nuestros tiempos — con esa dulce poesía del Verbo descendido á la tierra para vivir entre los hombres y enseñarlos y hacerlos puros, logra encantar el espíritu de los bárbaros, y los domestica y los subyuga y los hace aptos para abrir nuevos derroteros á la grande obra de la evolución humana. ¡Loor eterno á las generaciones que, al precio de su sangre, supieron construir el molde cristiano en que encajara la antigua sabiduría para poder lanzar sus destellos á través de los duros cerebros de las razas invasoras!

Dos corrientes se establecieron por aquel entonces dentro del seno del cristianismo naciente: la una, sabia, oculta, reveladora de las verdades suprasensibles; la otra, vulgar, manifiesta, expresando en alegorías sensibles las enseñanzas ocultas; la primera confinada en las sectas que figuraban en el cauce común de la nueva religión; la segunda profesada por las masas, como interpretación material de la doctrina que eran incapaces de abarcar en todo su profundo sentido. De aquí las luchas de los primeros siglos, de aquí la excisión que apuntó desde los primeros momentos entre Santiago, defensor de la circuncisión, y San Pablo, contradictor de esta práctica judía. Andando el tiempo la victoria debía ser y fué de la interpretación vulgar, de la interpretación sensible, de la opinión del mayor número. Las sectas, que habían dado el espíritu y la savia á la nueva religión, fueron proscritas, lanzadas fuera de la comunión cristiana, y la iglesia oficial quedó establecida definitivamente, después de haberse privado de los intérpretes científicos de sus dogmas que, si eran á propósito para catequizar espíritus infantiles, cuales eran aquellos sobre quienes se iba á ejercer el primer impulso de la regeneración, debían ser impotentes como dogmas cerrados, por su forma candorosa, para alimentar la espiritualidad en inteligencias más desarrolladas, capaces de abarcar la idea pura.

Así sucedió cuando terminada la educación de los bárbaros y constituidas las naciones europeas sobre una base más humana que la del mundo greco-romano, llegaron los tiempos modernos con un concepto mas amplio de la naturaleza y una visión más clara de la evolución universal. Las fórmulas cristianas que habían servido para domesticar

á los bárbaros, eran insuficientes para dar explicación satisfactoria del mecanismo del mundo y de la marcha de la humanidad. El molde estrecho en que se encerraban las verdades eternas, suficiente para imaginaciones infantiles, privaba á las inteligencias superiores de penetrar en el espíritu profundo que en él se hallaba aprisionado. Si hubiesen sobrevivido las sectas dentro de la iglesia cristiana, como vivían en los primeros siglos, ellas hubiesen dado cuenta de las enseñanzas sublimes que simbolizaban los dogmas, y los espíritus que iban sobresaliendo del nivel de las masas, habrían encontrado pronta y cabal respuesta á sus dudas y negaciones. Pero nada había quedado en Europa para romper el hielo del excepticismo naciente, y en su consecuencia, el vacío espiritual se hizo alrededor de las creencias religiosas despojadas de la savia que les había dado vida. Con esto vino su descomposición, el fraccionamiento, la lucha despiadada, las torturas de las conciencias, las persecuciones, el apartamiento de amigos y de hermanos: señales siniestras, signos apocalípticos de un ciclo que desaparece, de una civilización que se acaba, de algo análogo á lo que sucedió allá cuando el mundo greco-romano se derrumbaba.

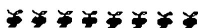
Pero así como entonces los obreros de la evolución vinieron al trabajo, para dar nuevos ideales á la humanidad en la prosecución de su camino con las verdades formuladas en las doctrinas de las sectas destruidas, así ahora se presentan de nuevo, armados de las mismas verdades que propalan desnudas, sin el ropaje de las alegorías, como conviene á un siglo en que las inteligencias han alcanzado la edad viril y pueden soportar la luz de la sabiduría, sin que su vista se deslumbre ni cieguen sus ojos.

No se destruirá por eso el cristianismo: de manera ninguna; se explicarán sus enseñanzas de un modo científico; se partirá la endurecida costra que envuelve sus dogmas, para que aparezcan las verdades que tras ella se esconden. La Trinidad se ostentará como el símbolo que oculta la naturaleza divina, manifestándose de grado en grado hasta aparecer en el universo visible; el Verbo divino, como el pensamiento del Eterno, realizándose en la creación; la Madre Virgen, como la luz de la Conciencia divina, la substancia precósmica, matriz del Universo, de cuyo seno surgió el Verbo como Mente universal creadora; el Cristo ó Xristos, como la esencia divina presente en el hombre, al cual da vida é inteligencia, desarrollándole hasta que alcance la etapa grandiosa de la iluminación y con ella el desenvolvimiento de facultades latentes que le hagan capaz de obrar maravillas, hechos superiores al conocimiento vulgar, los milagros; la Santidad de los escogidos, como manifestación de estas fa-

cultades en vías de crecimiento; el Sacrificio de la Cruz, como el hecho de abnegación del Espíritu descendiendo á la materia para encarnarse en la forma humana, que es la forma de la cruz, el árbol de la vida, donde está enclavado para redimir al hombre, para convertirlo de una bestia en un dios; la Resurrección de la carne, como la reencarnación múltiple y sucesiva de las almas para recorrer la enorme escala entre la tierra y el cielo, entre la vida animal y la vida divina. En una palabra: las verdades todas que el cristianismo predica y enaltece, se verán á la luz de una concepción más vasta, de un plan más grandioso del Universo, de una obra más sublime y digna del Supremo poder que engendró los mundos, como conviene darlo á conocer á inteligencias más elevadas que las que poblaban el imperio romano y las selvas de la Germania.

¿Es esta tarea censurable? ¿Puede ser ofensiva para alguien? ¿Puede encontrar detractores entre los hombres de buena fe, entre los buenos, entre los leales al fin divino de la vida de la humanidad? Pues este es el trabajo de la Sociedad Teosófica, el de los nuevos obreros de la evolución, el de los sucesores de las sectas que amamantaron el cristianismo. La obra comienza de nuevo, como en el siglo de Augusto, como al principio de la era, en cuya vigésima centuria estamos ingresando; y la emprendemos con la esperanza de que las generaciones venideras recogerán los frutos para bienandanza de la masa humana que aún anda á tientas en su peregrinación sobre el planeta.

LA REDACCIÓN.



EL OBJETO INTERNO DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

(Discurso pronunciado por Mrs. Annie Besant en la Décima Convención Anual de la Sección Europea de la Sociedad Teosófica.)

ME ha tocado en suerte cerrar este Décimo *Meeting* Anual de la Sección Europea de la Sociedad, y cerrarle diciendo algunas palabras acerca del objeto interno del movimiento, acerca del porvenir para el cual se prepara, acerca del trabajo que se halla al alcance de su mano. El Presidente-Fundador de la Sociedad nos ha dicho algo respecto del camino que ya hemos andado, algo de las esperanzas que inspiraron á aquellos que en el plano físico dieron el primer impulso al movimiento. Hemos oído á nuestro hermano de la India algo acerca de los peligros del camino por el cual marchamos, algo

respecto del gran ideal que alienta el corazón de todo buen Teosofista, así como el de todo hombre de mente espiritual.

Podemos avanzar un poco más por esta misma senda de pensamiento así trazada y ver cómo el objeto interno responde á la obra externa; como el impulso del plano espiritual vino á encarnarse en el mundo que nos rodea; como vino el verdadero impulso que formó la Sociedad de Aquellos que le dieron y que le dan vida, de Aquellos que la pusieron en el camino de su bendita misión para el mundo; como Ellos escogieron el momento y los agentes para llevar á efecto una vez más en la tierra la obra tantas veces principiada y aún sin concluir, la obra de enviar el heraldo espiritual para anunciar un nuevo paso en la evolución de la humanidad, para señalar la senda por la cual deben marchar los hombres al entrar en la etapa que de este modo se les presenta, haciendo sonar la nota que había de dominar el todo, estampando en ella la marca que debía ser la señal de los que progresaban, dando á conocer los principios á que debe sujetarse el modelado de forma y dando al mundo la vida que había de encontrar un nuevo cuerpo en el plano material.

El objeto interno de la Sociedad puede decirse que es doble: para con el mundo en general y para con los individuos de la Sociedad. Para el mundo en general, el anunciarles el nuevo paso que acabo de indicar; para los individuos de la Sociedad, el emplearlos como los gastadores de ese movimiento de avance, haciendo practicable el camino por el cual ha de marchar la humanidad, abriendo paso, por decirlo así, en la senda, allanando esta senda con sus propios piés, dando sus vidas para hacerla practicable, más aún, para hacerla relativamente fácil á los que les sigan. Porque así como es gloria de la Sociedad Teosófica ser precursora del movimiento de avance de la raza, así también es privilegio de sus primeros individuos el llevar algo de la carga, de modo que ésta sea más ligera para la gente que ha de venir: es la gloria de la lucha, aunque no de la victoria; la gloria de sembrar, pero no de recoger; esparcir la semilla del progreso y dejar para otros la dicha de la recolección; satisfechos si en sus días y en su generación pueden hacer posible que la gran vida de más allá se derrame con mayor abundancia sobre el mundo ansioso de su venida, y si con lo que aprenden — y aún más, con lo que practiquen de lo que han aprendido — pueden levantar ante la raza que se aproxima el ideal de una humanidad noble, de una humanidad más divina que la que hasta ahora hemos alcanzado, modelando el tipo de cultura que la raza próxima realizará en parte, preparando el material con que ha de tallarse en un día la estatua de una humanidad divina.

¿Cómo ha de hacerse esto?

Al lanzar una mirada hacia el pasado, tratando de aprender las lecciones de la historia que yace detrás de nosotros, vemos en todas partes que cuando se aproxima un nuevo desarrollo para la humanidad, cuando se avecina una nueva etapa de la evolución y el hombre se encuentra cercano á un movimiento de avance, vemos, repito, que el impulso que guía á la humanidad

viene de los grandes Hermanos Mayores de la raza, de los poderosos Seres, Guardianes espirituales de la humanidad, de Aquellos que ofrecen en sus sacratísimas personas el perfecto ideal del hombre divinizado, donde el poder y la ternura, donde la sabiduría y la compasión se han fundido en consorcio perfecto en una forma y una vida — de Ellos y sólo de Ellos. En cada período crítico de la historia, cuando va á nacer una nueva raza ó familia, de Ellos únicamente viene el impulso para el nuevo avance, así como también el bosquejo de la forma en que esa vida que avanza ha de encarnarse. Contemplemos el pasado y veremos que al nacimiento de cada gran familia de nuestra raza Aria, una nueva religión se ha dado al mundo, la religión para el pueblo. Veremos que la religión es proclamada por algún Gran Ser, nacido entre ellos como el Fundador de la nueva fe, veremos que en todos los casos Él da su religión para moldear una nueva civilización, para modelar un nuevo tipo de la humanidad, para la construcción y formación de un nuevo cuerpo para la vida, y que en los puntos más salientes de la religión pueden predecirse las líneas más principales de la civilización que alborea. Esto es verdad y es fácil de comprobar, estudiando así la historia de la India, donde arraigó la primera familia de la raza Aria, como la del vecino país de la Caldea, donde se situó otra rama, dejando allí los rastros de su vida y de su sabiduría; y marchando más aún hacia Occidente, cuando llegamos á Grecia y Roma, brotes de la raza Celta, vemos sus grandes tradiciones religiosas y filosóficas, moldeando la civilización de la belleza en Grecia y la civilización de la ley en Roma. Lo mismo observamos en las naciones occidentales posteriormente nacidas, que recibieron, aun antes de estar en su cuna, las grandes enseñanzas del Cristo, que habían de ser para ellas lo que las enseñanzas de sus predecesores fueron para los pueblos anteriores, y que habían de modelar la civilización occidental como las otras habían modelado las civilizaciones precedentes. Y cuando vemos en la historia que un nuevo impulso espiritual ha significado siempre un paso hacia adelante; cuando vemos que la naturaleza de este impulso ha determinado la naturaleza de la evolución que iniciaba, ¿qué debemos pensar á la vista de este otro impulso potente del mismo inmortal origen? ¿Qué nos enseña el estudio de las características de este impulso, respecto de la naturaleza del desarrollo que en el espacio y el tiempo se halla más próximo en la marcha progresiva del hombre?

Una gran diferencia se presenta desde luego, la cual salta á nuestra vista, cuando comparamos este movimiento con los que le han precedido; una diferencia tan grande, tan vital, tan fundamental, que si podemos ver su significado, por lo menos algunos de sus trámites se nos manifestarán con claridad; si podemos asimilarnos su sentido, tendremos una verdadera piedra de toque con la cual poner á prueba todo lo que nos rodea en materia de ciencia, de filosofía y de política; una lanza Ithuriel, por decirlo así, que podemos emplear para tocar toda forma que se presente ante nosotros y ver si en ella se encierra un ángel de luz ó si se oculta algún demonio engañador,

peligroso, capaz de extraviar á la humanidad fuera de la senda por la que debe marchar.

¿Cuál es esa marca, esa característica única? Cada gran Maestro que ha venido al mundo nos ha traído, como presente inapreciable para el hombre, alguna nueva proclamación de la verdad espiritual en la forma de una nueva religión. Sólo este movimiento, entre todos los grandes impulsos religiosos del pasado, no aporta religión alguna nueva á la humanidad, no proclama en forma alguna nueva el mensaje para el mundo, no llama á los hombres para que se aparten de otras creencias y entren en un círculo que, al paso que los encierre para una enseñanza especial, no da entrada á otros por no pertenecer á la fe, por estar fuera de su proclamación especial. Entre todos los impulsos es el único que no habla de una nueva religión, sino de la base común á todas las religiones. Diferenciándose de todos los que le han precedido, no edifica una nueva iglesia, no funda ninguna nueva filosofía, no levanta un muro de separación alrededor de los que lo acepten, dejando fuera á los que lo rechacen. Proclama una misma base para todos. Enseña *la* religión y no *una* religión; lo que es común á todos, no lo que hubiera de ser una especialidad de una nueva iglesia ó de una nueva fe. Asienta su base en la unidad de todos sus antecesores, de suerte que los suelda á todos, en lugar de añadir un nuevo credo á los muchos que existen en el mundo. Esta es la gran señal, esta su característica única: una creencia universal en una vida espiritual, una evolución común, una meta á la que todos pueden aproximarse por distintos caminos, siendo todos los caminos buenos para los que entren, siendo todos los caminos divinos para que los hombres puedan llegar á Dios.

Así se declaró en los albores de nuestra raza, y ahora prácticamente se pone ante el mundo como etapa que debe tratar de realizarse; que cada hombre permanezca en su propia senda, que cada hombre siga su propia religión; no necesita pasar de una á otra, no es necesario hacer prosélitos en una fe para otra; todos los credos son igualmente divinos, pues todos tienen el mismo origen y se dirigen hacia la misma meta; cada raza encuentra la verdad en su propia religión, y sólo yerra cuando niega la inspiración divina á la religión de sus hermanos; cada cual está en la verdad siempre que eleva sus brazos amantes en adoración, pero está en el error cuando repele con ademán iracundo; está en la verdad siempre que en su culto reconoce que que todos los lenguajes son uno á los oídos de la Divinidad que los oye; está en el error cuando cree que su voz es la única que puede cruzar el cielo y llegar al trono divino; está en el error cuando niega á sus hermanos el mismo Padre que reclama para sí.

La unidad de todos los credos que enseñan á amar á Dios y á servir al hombre, tal es el mensaje que viene al mundo como el objeto interno del movimiento teosófico; juntar todas las creencias, verlas todas como hermanas y no como rivales, unir todas las religiones por áurea cadena de amor, cadena de amor divino y de servicio humano. Este es el objeto de nuestro

tro movimiento en el mundo entero — reverenciar y servir la religión donde quiera que la encontramos y atravesar por medio de las variedades de la fe externa hacia la unidad de la vida interna.

Esta debe ser nuestra obra. Pero si es así, ¿no faltamos á ella en su sentido más esencial, si en alguna parte llevamos la lucha en lugar de la paz y pronunciamos palabras de exclusión en lugar de palabras de amor? Sólo son verdaderos Teosofistas los que reflejen en pequeño grado el espíritu de la gran Fraternidad de los instructores; sólo son dignos portadores, por débiles que sean, de Su divino mensaje, los que practican el espíritu de fraternidad en medio de la diversidad de credos, y que no sólo llevan el mensaje de paz, sino que viven en la paz que enseñan y muestran prácticamente el ideal de la fraternidad en la vida, tal y como proclaman su realidad con la palabra.

Pero ¿qué es lo que esta doctrina predica respecto al porvenir? Predice los albores de una civilización, en donde la unidad será la nota fundamental en lugar de la lucha; donde la cooperación será el medio de la vida en lugar de la competencia; donde más allá del desarrollo individual del batallador intelecto, la unidad espiritual empezará á alborear á los ojos y en la vida de los hombres. Porque tan cierto como esta verdad se da en forma espiritual, tan cierto como la existencia de esa fraternidad espiritual del hombre es una verdad fundamental en la naturaleza, así es seguro que la vida ha de encontrar su forma adecuada en qué encarnar, y que una comprensión más profunda, lazos más estrechos, amor más verdadero entre las naciones hoy separadas, seguirán la estela del movimiento Teosófico y aportarán á su debido tiempo á la tierra en que vivimos una paz que al presente sólo existe en las regiones superiores del Universo. Esta es la promesa que entraña, á pesar de la actitud del mundo en guerra; tal es la esperanza, llena de paz y bendición, á la cual apunta en el porvenir, más allá de los campos de batalla y de carnicería, más allá del pauperismo y del sufrimiento, más allá del angustiado corazón del presente, en el dichoso corazón del porvenir La obra á que somos llamados es formar un núcleo de almas fundidas en una, demostrar en nuestras vidas la unidad que proclamamos, vivir en el amor en un mundo de odios, vivir en la paz en un mundo de lucha. Esto, y más que esto, es la alta misión á que somos llamados; esto, y nada nada más que esto, es el noble deber que pesa sobre nuestros hombros; y justamente en la proporción que lo cumplamos, lo haremos posible para los demás; justamente en la misma proporción en que nuestras vidas lo prediquen, hará efecto el sermón en el corazón de los hombres.

Para aquellos de entre vosotros, miembros de esta gran Sociedad, que consideran como el más alto privilegio que Karma puede concederles, el ser uno de los trabajadores en este movimiento en favor de la humanidad, para vosotros, ¿cuál es el porvenir que se os ofrece, cuál el premio de la elevada función que hoy esta en el lejano futuro? Saber lo qne han sabido aquellos que han marchado delante de nosotros, de suerte que nuestro conocimiento

pueda emplearse en auxiliar la ignorancia del mundo; hollar la senda que Aquellos han hollado antes que nosotros, esa antigua y estrecha senda que nos ha sido abierta por los Sabios y que sólo puede sernos cerrada por nuestra propia locura, por nuestro propio pecado. Ninguna otra mano en el cielo ó en la tierra puede cerrar la entrada de este sendero á ninguna alma humana; sólo la propia mano puede cerrarla, porque así lo ha dispuesto la ley. Para vosotros el sendero está claramente á la vista, proclamado de nuevo para que todos lo oigan. Al entrar en la Sociedad, dáis, por decirlo así, vuestro primer paso en la dirección cuyo fin es ser uno de los Salvadores del mundo.

¡Qué magia existe en esas pocas palabras! ¡Qué música en la inspiración que aportan al alma humana! Ser un Salvador del mundo ¿qué significa? Significa que toda la ignorancia del mundo es menor porque vosotros sabéis; que todo el pecado del mundo es menor porque sois puros; que todo el dolor del mundo es menor porque vosotros lo compartís; que toda la debilidad del mundo es menor porque le prestáis vuestra fuerza. Tratad de ser fuertes, no para vuestro provecho, sino á fin de que el mundo sea menos débil. Esforzáos en ser sabios, no por serlo vosotros, sino para que el mundo sea más sabio. Esforzáos en ser puros, no por serlo vosotros, sino para que el mundo todo pueda estar más cerca de la pureza divina. No os cuidéis de vuestra propia dicha, de vuestra propia felicidad, de vuestra propia satisfacción. Procurad sólo el progreso del mundo y ved de prestarle la pequeña ayuda de que seáis capaces. Tenéis que ser elevados ó ser elevadores; que ser una carga ó ser alas para levantar al mundo en su camino. Esta es la gran elección que se presenta á vosotros al uniros á este movimiento.

Vuestro Yo ha escogido este destino, aun cuando vuestro cerebro no lo sepa todavía. Que vuestro cerebro lo conozca como lo conoce vuestro Yo; que vuestro intelecto lo reconozca como vuestro Yo lo ha reconocido: esto puede ser la expresión de vuestro culto, de vuestra devoción, de vuestra sabiduría; pues sólo por una cosa vale la pena de vivir: que el mundo mejore por haber vivido vosotros en él; esta es la única corona de la humanidad — que el hombre se corone de espinas á fin de que otros puedan ser coronados de vida inmortal.

Y si esto lo comprendéis, ¿qué puede haceros vacilar en vuestra devoción por el movimiento? ¿Qué puede turbaros en la serena confianza, en la seguridad de la alegría que está más allá? La Sociedad, en su forma externa, puede ser sacudida una y otra vez. Conviene que lo sea de vez en cuando, porque de otro modo, ¿cómo podrían ser separados los débiles de los fuertes — como deben estarlo hasta que lo más duro de la pelea termine — si no es con tales sacudidas, á fin de que sólo aquellos cuya visión sea clara, cuyos corazones sean valientes, cuya voluntad sea fuerte, puedan sostenerse formando la avanzada de gastadores que están abriendo el camino del porvenir? El puesto de los débiles no es el frente de la batalla. El puesto de los débiles no es el lugar del choque más violento del combate. Para ellos es

la parte más fácil de la lucha, una senda menos árdua, la suficientemente dificultosa para desarrollar sus fuerzas, pero no tan árdua que los lleve á la desesperación. Para los fuertes, el fragor del combate, el sitio de más empeño, porque los que desean ser la vanguardia del porvenir, tienen que ir voluntarios al sufrimiento y permanecer inquebrantables. Para ellos, el sitio son las filas más avanzadas del movimiento, haciendo posible al débil la subida por la empinada senda.

Si esto es verdad, ¿qué nos importa que nuestro pensamiento se esparza por todas partes sin nuestro nombre? Con razón nos ha dicho nuestro Presidente que por el mundo entero andaban estos pensamientos, y que dentro de los límites de los diversos credos se ven proclamadas las ideas teosóficas. Este es el testimonio de la realidad de nuestra obra; esta es la única recompensa que está bien que busquemos; no que seamos conocidos como jefes, sino que las ideas penetren la civilización en que vivimos; no que nuestros nombres sean célebres como instructores; no que nuestros nombres sean conocidos como pensadores, sino que nuestras enseñanzas se extiendan por todas partes sin que importe que labios las proclamen; que el conocimiento surja por doquiera sin que importe quién sea el que lo comunique. Nos basta sembrar; dejemos que el que quiera se arrogue el *nombre* de sembrador si tiene oportunidad; dejemos que aquellos que sólo se dan á trabajar cuando son alabados, tengan el crédito de esparcir las ideas. Contentémonos con el noble trabajo del sembrador, de suerte que las ideas puedan ir á todas partes, y dejemos que las iglesias se las apropien como suyas; — *son* suyas si tan sólo conociesen los tesoros que su Instructor les dió. Nos basta la tarea de señalar donde pueden encontrarse, que otros sean los que las levanten ante los ojos del mundo. Aquellos que pueden llegarse á las gentes, que tomen la verdad y la digan de modo que su sonido se oiga en todas partes. Cuando desde un púlpito cristiano se enseñe una verdad teosófica, que todos nuestros corazones vean en ello la recompensa por lo que han trabajado. Si la verdad de nuestro Maestro se enseña, ¿qué nos importa quien la enseñe? Si algunos ojos ven Su hermosura, ¿qué nos importa de quién son las manos que descorren el velo?



EL LIBRE ALBEDRÍO

Hace ahora justamente un año que bajo el epígrafe «¿Existe el Libre Albedrío?» publicamos (Sophia 7 de Enero de 1900) un artículo en que tratamos esta espinosísima cuestión, encontrando matemáticamente probada la existencia de la «Fatalidad» en la argumentación que allí exponíamos, á cuyo escrito remito á todo lector á quien el asunto interese.

Allí tratamos la cuestión del Libre Albedrío, no bajo el aspecto puramente exclusivo del individuo, sino bajo el aspecto de la Manifestación en el Universo Absoluto, y desde el punto de vista de la Inmutabilidad del Absoluto. Inmutabilidad que implica la manifestación perenne, siempre presente, sin principio ni fin, sin pasado y sin futuro, negación del tiempo porque incluye todo tiempo, que, por tanto, no ha sido ni será sino que es, de la Fatalidad de las combinaciones numéricas del Todo Infinito de los Números, desde el acoplamiento de los átomos que constituyen una molécula, lo que suponemos sea la combinación numérica más simple, hasta las representadas por esos átomos del Infinito llamados mundos, que constituyen las moléculas que conocemos por sistemas solares. Y, necesariamente, si para existir la Inmutabilidad de lo Absoluto es condición precisa que se dé á la vez el todo de los cambios y manifestaciones, constituyendo así la variedad infinita en la Inmutabilidad Absoluta, sin que pueda haber una manifestación más, ni una menos, ni una vibración de átomo más, ni una vibración de átomo menos; si el cambio sólo existe para la conciencia evolutiva, la cual en cada infinitésima de tiempo realiza, ya sea una combinación numérica compleja, ya sea una simple operación, transformándose en cada segundo y en cada milésima de segundo en una cantidad distinta, en una resultante de valor distinto en todos los planos de su ser; y si toda manifestación es una resultante numérica que perenne y necesariamente tiene que darse, entonces, como decíamos en nuestro referido anterior artículo:

«... La razón pura nos demuestra, al parecer sin ningún género de duda, de un modo, por decirlo así, matemático, que desde el ser más ínfimo y diminuto á la entidad más elevada, llámese Dios ó Logos, desenvuelve en su

evolución un plan determinado, trae al acto una serie de combinaciones numéricas que al parecer no son una resultante de su voluntad, sino una manifestación fatal ineludible. Que todo pensamiento y acto llamados malos, así como todo pensamiento y acto buenos, son combinaciones numéricas de existencia propia, y tan imprescindibles las unas como las otras. Que lo que concebimos como deformidades morales y físicas, así como lo que concebimos como perfecto, son combinaciones igualmente fatales, que existen necesaria y fatalmente en potencia y en acto como parte integrante de la Ideación Absoluta, en donde no tienen realidad los conceptos del bien y del mal ni de lo perfecto é imperfecto.

«Así nos demuestra la razón pura la *Fatalidad;* así nos niega el *Libre Albedrío.*»

Y concluíamos diciendo:

«Pero no obstante tal demostración, aparentemente matemática, nosotros seguimos atendiendo á la voz del sentimiento, á la voz de nuestro íntimo ser, que sobre todas las demostraciones de la razón nos impone la JUSTICIA como verdad superior á todas las verdades. Y esa voz nos dice que esta pobre razón nuestra se encuentra en los peldaños inferiores de la escala, sujeta á todo género de errores, y que jamás debe aceptar como verdad inconcusa, sino lo que la Naturaleza le señale como tal en todos los aspectos en que la considere; pero que donde quiera que vea una negación de la armonía, debe ver la prueba de que no está en lo firme; que lo que cree percibir como verdad es erróneo, por más que no acierte á explicárselo, por lo que, en tales casos, debe abstenerse de afirmar, limitándose tan sólo á exponer.

Y esa misma voz nos dice, por último, que lo que llamamos «Fatalidad» y lo que llamamos «Libre Albedrío», *no son más que dos aspectos de una misma cosa*: *el par de opuestos que da lugar á la manifestación de esa misma* JUSTICIA.

Y quizá no pase mucho tiempo antes de que nuestra razón perciba el aspecto «Libre Albedrío» con la misma aparente lucidez como percibe el aspecto «Fatalidad», y entonces volveremos á tratar del mismo tema en un nuevo artículo.»

Pero ha pasado un año, y esto es mucho tiempo, y pido perdón por ello á mis lectores, si es que hay alguno que se haya interesado en mis lucubraciones metafísicas, pues hablando con verdad, he podido antes de ahora dar comienzo á la prometida labor; pero si bien el último pensamiento con que terminaba mi anterior escrito era una confusa vislumbre de una verdad, que poco á poco se hizo más clara, sin dejar de ser mera vislumbre, la dificultad que desde un principio encontrara para exponer de modo inteligible el nuevo punto de vista que se me presentaba, terminando con mis vacilaciones y armonizando mi razón

pura con mi sentimiento íntimo, me hizo retroceder ante la tarea, que luego he ido posponiendo de día en día, por considerarla muy superior á mis fuerzas, hasta que el deber me obliga hoy á no retardar por más tiempo la exposición de lo que haya creido aprender, mal ó bien expresada, confusa ó inteligible, errónea ó acertada.

Fué ese sentimiento íntimo de «Justicia», que todo ser humano que haya rebasado las primeras etapas de su evolución tiene arraigado en lo más hondo de su conciencia, el que, en lucha abierta con todo lo que implica el concepto de «Fatalidad», que convierte al hombre en una especie de autómata, que niega su responsabilidad y que al negarla da como resultante la monstruosidad de sustituir el concepto de Justicia por el de Injusticia, ó lo que es lo mismo, que en lugar de estar regido el Universo por lo Justo, lo Armónico y lo Perfecto, sea sólo lo injusto, lo inarmónico y lo imperfecto lo que impera; fué tal contradicción, repito, de dos conceptos igualmente reales y verdaderos: el uno que se me mostraba razonada y casi objetivamente, y el otro que se me imponía, con mayor fuerza aún, por la intuición, lo que me hizo comprender que ese mismo antagonismo entre ambos conceptos les daba mayor realidad, y que, después de todo, el Libre Albedrío y la Fatalidad no eran más que el par de opuestos que daban lugar á la manifestación de la Justicia, en el cual, como en todos los pares opuestos, cuya misma oposición hace surgir todas las manifestaciones del Universo, cada factor debe su existencia al factor contrario; porque el concepto de la luz no existiría para nuestra conciencia si el concepto de la obscuridad no se lo revelase, ni ésta tendría significación ni sentido alguno para nuestra mente sin la oposición del primero; porque los conceptos de lo bueno, de lo útil, de lo armónico, de lo bello, no tendrían valor en nuestra conciencia sin los conceptos de lo malo, de lo pernicioso, de lo desordenado y de lo feo, y viceversa.

Es la Justicia la ley más real y efectiva de todas las leyes morales reconocidas por los hombres, la más acatada en la teoría si bien la más violada en la práctica, en el ciclo de *civilizado* materialismo que atravesamos. Es la LEY de Leyes, la Ley Primordial, el tronco padre del que arrancan todas las leyes, la que todo lo rige, así en las esferas espirituales más elevadas, como en los planos simplemente físicos. En su manifestación es la Ley de la Causa y el Efecto ó Ley de Causación; ley matemática, inmutable, *fatal* y absolutamente impersonal, gráfica representación del concepto Deidad y que á esta misma Deidad rigiera, si Deidad y Justicia no fuesen en realidad conceptos perfectamente sinónimos.

Y he aquí como la «Justicia» empieza á bosquejar en nuestra mente los dos aspectos antagónicos que antes causaran nuestra perplejidad: como justicia implica responsabilidad, y es, por tanto, la representación y exacto equivalente del libre albedrío; cómo causa y efecto implica lo ineludible, lo matemático, lo fatal.

En la *fuerza generadora* de la causa reside el Libre Albedrío, en el *efecto* de la causa generada reside la Fatalidad.

Yo sumo 2 + 2; el acto, ó mejor dicho, la *volición* que ocasiona el acto de la suma, corresponde á mi libérrima voluntad, fuerza generadora; el resultado de tal suma es siempre matemática, ineludible y fatalmente = 4, sin que ningún poder humano ni divino puedan hacer que sea otro.

Y si tenemos presente que todas, absolutamente todas las cosas objetivas y subjetivas que se manifiestan en el Universo son combinaciones numéricas, ya se trate de formas materiales, ya se trate de formas puramente mentales, de hechos ó de pensamientos, de la primordial agregación de los átomos que constituyen la molécula de un cuerpo simple, ó de la complejidad inmensa de la combinación numérica que representa la aglomeración de soles de una nebulosa; si tenemos presente que toda manifestación y todo fenómeno, en cualquier plano que sea, es un efecto, es una resultante de una combinación numérica más ó menos compleja ó simple, comprenderemos que todas las cosas son matemática y fatalmente tales como son y no de otro modo, exactamente lo mismo que 2 + 2 = 4.

Pero este aspecto matemático y fatal vemos que reside exclusivamente en el efecto de una causa generada, pero no en la fuerza generadora de la causa; fuerza que, primordialmente, es la Causa sin Causa, porque es la Causa Una, fuente de todas las causas; es lo que no tiene números, porque es el Número Unico ó la UNIDAD primordial que engendra todos los números.

Esta fuerza generadora es el Noumeno Universal que á todo anima, y este Noumeno es la Vida, así como la causa generada y sus subsiguientes efectos constituyen el fenómeno. Y del mismo modo que la Fatalidad reside exclusivamente en el fenómeno, así también el Libre Albedrío tiene su asiento exclusivo en el Noumeno. Pero este Libre Albedrío, tal como nosotros lo entendemos, no principia á manifestarse en el Noumeno hasta que éste no ha alcanzado el grado de evolución denominado Conciencia propia, hasta que ha llegado el momento en que la Vida se ha sentido «Yo», constituyendo desde ese instante la individualidad de una conciencia separada de otra conciencia, ó sea la entidad

denominada ser humano. En esta etapa de la evolución principia el Libre Albedrío á definirse con más claridad, á ser menos rudimentario y restringido que en la etapa puramente animal. En ésta, en las especies inteligentes, no hay quien no haya dejado de observar actos de voluntad; voluntad todo lo embrionaria que se quiera, pero no obstante, claramente bosquejada. Cualquier animal algo inteligente, al cual la experiencia haya aleccionado respecto de un peligro, no volverá tan fácilmente á incurrir en él. Ve, por ejemplo, el cebo de una trampa, cuyo significado ha experimentado ya; siente el impulso desenfrenado por lanzarse sobre la codiciada presa; sus ojos brillan de gula; sus pelos se herizan de rabia impotente; da vueltas y vueltas alrededor del fascinador objeto, y se ve la tremenda lucha entablada en aquel Noumeno, entre el impulso de la tiránica presión del hambre y el *conocimiento* del peligro, conocimiento que hace nacer la *voluntad* de resistir á la poderosa atracción, y, por regla general, vence la primera. Aquí el animal ha ejecutado, sin género alguno de duda, un acto de libre albedrío, un acto de voluntad bien definido, porque ha luchado y se ha *vencido á sí mismo.* Nada ni nadie fuera de él, le impedía ceder á su pasión dominante, casi exclusiva; ningún obstáculo había entre él y la satisfacción de su apetito, y, por consiguiente, ha habido un acto de dominio, una elección entre dos actos, un rasgo de voluntad que muchos hombres no saben imitar en su esfera.

Vemos en este ejemplo que hasta en el estado de conciencia rudimentaria del animal, para que la voluntad y el libre albedrío se manifiesten, se necesita el *conocimiento.* En efecto; en ningún acto que se ejecute sin conocimiento de lo que tal acto implica, puede existir libre albedrío y voluntad, sino exactamente en la misma proporción en que se conozca la transcendencia ó alcance del acto; y como la masa humana que hoy puebla el mundo tiene una limitadísima esfera de verdadero conocimiento, su voluntad y libre albedrío verdaderos son de lo más restringido, son aún de la misma clase que en el animal, si bien en esfera mucho más amplia, porque, por desgracia, la mayor parte de los hombres se abstienen — cuando se abstienen — de la satisfacción de sus apetitos, cuando existe un peligro ó un castigo, y tienen conocimiento del mismo. Y si incluyo á la mayor parte de la humanidad en este grado inferior de evolución, es porque, relativamente á la masa total, constituyen una exigua minoría aquellos que han empezado á desarrollar el amor al bien por el bien mismo, y en quienes la lucha ha principiado á cambiar de carácter, dejando de ser una lucha entre la pasión y el temor, entre el *conocimiento* de un peligro ó de un castigo y la sa-

tisfacción de sus apetitos, para empezar á convertirse en una lucha entre la pasión y el *deber*.

Pero aun en esta exigua minoria, la voluntad y el libre albedrío continúan siendo limitadísimos, porque limitadisimo, también, es su conocimiento. Éste solo ha adquirido un gran desarrollo material, pero apenas si ha hollado las fronteras de lo transcendental ó noumenal, en cuya esfera es donde reside el verdadero conocimiento, y, por tanto, donde la voluntad y libre albedrio verdaderos tienen su expresión. La clase inteligente directora de la humanidad, la que perteneciendo á la masa va á la cabeza de la misma, sólo ha hecho grandes progresos en el estudio y conocimiento del fenómeno; en cuanto al Noumeno, no sólo lo desconoce sino que lo niega, y de aquí que el libre albedrío continúe siendo para la masa rudimentario, material; de aqui que la razón humana sólo perciba con claridad el aspecto fatal exclusivo del fenómeno y sea para ella una idea demostrable, un conocimiento comprobado, al paso que el libre albedrío sólo es un conocimiento instintivo no demostrable, cuya verdad siente y aplica en su organización social, pero que su razón no alcanza, no puede discernir de un modo definido y positivo, por cuanto no hace más que sentir instintivamente al Noumeno sin poderlo razonar y menos aún demostrar. La masa humana se halla tan distanciada del conocimiento razonado y positivo del Noumeno, como el animal del conocimiento razonado y positivo del fenómeno; en el animal el conocimiento del fenómeno es instintivo, en el hombre este conocimiento es ya casi completo, casi lo domina, pero en cambio, el conocimiento del Noumeno es también solo instintivo—*supersticioso* — porque aún no ha llegado á razonarlo ni á demostrarlo, y las enseñanzas de las grandes verdades noumenales, desnudas de todo ropaje, de todo simbolismo y exteriorización, permanecen tan imcomprensibles, tan sin significado para la masa humana, como la explicación del mecanismo de la temida trampa permaneceria ininteligible para la zorra, el lobo ó el oso.

Veamos ahora cómo se explica el desarrollo de la Conciencia, ó sea la adquisición del conocimiento, y el cómo se expresa el libre albedrío, siguiendo la misma clase de argumentación que hemos elegido, no porque sea el prisma caracteristico nuestro (ó á lo menos no lo ha sido hasta ahora) por el cual llegamos á obtener vislumbres de las verdades noumenales, sino porque el prisma de las matemáticas es el único que puede dar á las cuestiones metafísicas un cierto matiz de positivismo racional, que hace que cualquier demostración á que se llegue tenga alguna probabilidad de poder ser admitida por el escéptico. Por otra parte, como

por medio de la argumentación metafísica de los números hemos visto de un modo incontrovertible, en nuestro anterior escrito, que la Fatalidad es la característica del fenómeno, es lógico que tratemos de llegar por el mismo método á la comprobación del Libre Albedrio como característica del Noumeno.

Vemos que la manifestación en todos los reinos de la Naturaleza se expresa por medio de dos factores: Vida y Forma; la primera Noumeno, alma de la segunda, no siendo la Forma más que el mero instrumento de expresión de la Vida; y esto que vemos sucede en el plano objetivo físico, se verifica igualmente en los demás planos para nosotros subjetivos. La escuela materialista lo entiende invirtiendo los factores, esto es, que la Vida no es más que la expresión de la Forma. Sorprende, en verdad, la poca lógica del positivismo científico: atribuye la manifestación de la inteligencia y de la espiritualidad á la resultante de un estado superior de la materia, y, sin embargo, cuando toma un organismo productor de tan elevadísimas manifestaciones y lo analiza en sus laboratorios, se encuentra que los mismos cuerpos simples que constituyen el mineral constituyen el organismo humano; no encuentra cuerpos simples nuevos superiores, un estado fundamental superior de la materia que tenga como manifestación característica las llamadas facultades del alma; no encuentra sino la misma materia en todas partes; y de aquí que, no pudiendo atribuir á la evolución propiamente de la materia los estados sucesivamente superiores de la manifestación de la fuerza, los atribuya á la evolución de la forma; ¡como si la forma tuviese existencia real propia; como si la forma fuese una entidad persistente que pasase por sí misma de un estado inferior á otro superior! La evolución de la forma, dicen, es debida á combinaciones cada vez más complicadas y superiores de los cuerpos simples; esto es aparentemente cierto, pero entonces lo único que tiene existencia real y positiva son los cuerpos simples inertes, la materia inorgánica en su estado primario, obediente al segundo factor admitido, la fuerza, el cual es el que organiza la forma, el que la combina y el que la moldea; y aquí entra lo más absurdo é ilógico del positivismo materialista: la diversidad en las manifestaciones de la fuerza, dice, es una resultante debida á la diversidad de combinaciones de la materia, lo cual implica que el estado noumenal de la fuerza es uno, puesto que la clase de manifestación es debida exclusivamente á la clase de congregación molecular. Pero, si esto es así, si el estado noumenal de la fuerza es uno, así como el estado primitivo de la materia es uno, si ninguno de los dos factores es susceptible de transformación efectiva en sus respectivos estados primarios,

resulta de esto que, no existiendo otros factores fundamentales que entren en juego en determinadas etapas de la evolución, aquellos dos únicos factores automáticos no darían nunca lugar más que á una corta serie de manifestaciones en el reino mineral, y no pasarían jamás del estado llamado inorgánico. Y tan es esto verdad, que el hombre mismo, con toda su inteligencia, teniendo á su disposición aquellos dos factores, fuerza y materia, para manejarlos á su antojo, jamás ha podido traspasar las fronteras de la composición de los cuerpos inorgánicos: jamás ha podido transformar la materia inorgánica en materia orgánica en sus laboratorios, ni jamás ha podido construir, con toda su inteligencia y toda su ciencia, una planta ni un animal vivientes; y lo que el hombre no ha podido hacer con su volición inteligente, ¿cómo han podido verificarlo dos factores que presupone automáticos é ininteligentes? Es, pues, forzoso convenir, como deducción lógica ineludible, que las combinaciones superiores de la materia son resultantes de otros estados también superiores de fuerza noumenal, se deben á diversidad de vibraciones especiales más elevadas del Noumeno, y que el estado noumenal de la fuerza que forma los compuestos minerales, no es el mismo que combina los vejetales; que el estado noumenal de la fuerza que anima la planta no es el mismo que combina al animal, y que esa otra diversidad de modos de fuerza que dan vida á las infinitas manifestaciones del reino animal, no son exactamente los mismos que hacen producir la inteligencia de un Pitágoras ó de un Newton, ni la espiritualidad de un Jesús en el reino humano. Por tanto, la diversidad de los modos de fuerza no es la resultante exclusiva de la forma ó vehículo material, sino que la forma es la resultante exclusiva del modo noumenal de fuerza que la construye; por tanto, si hay infinitos modos noumenales de fuerza, lo que varía, lo que se transforma, lo que pasa de un estado de vibración inferior á otro estado de vibración superior, lo que *evoluciona*, en fin, es el Noumeno, es la fuerza ó sea la VIDA. ¡Sí, la vida, que principiando su evolución — según lo que la ciencia humana puede hoy conocer — con las manifestaciones de las características de los cuerpos simples, llega al pináculo de su carrera ascencente terrestre con las manifestaciones sublimes de la espiritualidad de un Cristo!... la más alta manifestación de la vida que los hombres han percibido en las épocas históricas. Y esta evolución, que en la mitad de su curso da principio á la expresión del Libre Albedrío, trataremos de explicarla en nuestro próximo artículo.

JOSÉ MELIÁN.

(Se continuará.)

Á PROPÓSITO DE UN ARTÍCULO DE «LE FIGARO»

DOS CIVILIZACIONES

Habiendo rogado el periódico de París *Le Figaro* al Príncipe heredero del Cambodge, S. A. R. Iukhantor, literato distinguido en su país, que escribiese un artículo para sus lectores, aquel diario publicó con fecha 8 de Setiembre pasado el curioso é instructivo escrito que sigue bajo el título que encabeza estos renglones.

He pensado que lo expuesto por un Príncipe asiático acerca de la civilización europea no dejaría de interesar á los lectores de nuestra revista en general, y á los teosofistas en particular, y me decido á traducir aquel artículo, procurando hacerlo con la mayor fidelidad posible.

Observarán, sin duda alguna nuestros lectores, que el Príncipe Iukhantor coincide en todos los puntos fundamentales de su artículo con la tesis sostenida durante largos años por Madame Blavatsky en sus valientes é inspirados escritos.

Aparte del mérito intrínseco del artículo en cuestión, ese hecho hubiese bastado por sí solo á decidirme.

Para terminar, he reunido aquellos pasajes de las obras de Madame Blavatsky, así como de otros escritores, coincidentes con el punto de vista y modo de pensar del Príncipe del Cambodge, y que me ha parecido oportuno recordar, agregando algunas consideraciones relativas al asunto en general.

TRADUCCIÓN

«Cuando S. M. el Rey Norodom, mi padre, nos hablaba en Phnom-Penh de sus disgustos, afirmaba nuestro amigo Jean Hess que existen dos clases de franceses: los empleados de Administración, familia roe-

dora, á la que nos vemos entregados allá, ya no pertenecen, decia él, á la misma raza que los de Francia.

He observado que esto es cierto.

Pero igualmente he observado que no nos conocen mejor aquí que en el Cambodge.

Atribuyo á esa ignorancia todo cuanto malo existe con harta frecuencia en vuestra política colonial.

Vuestros agentes se convierten, una vez en ultramar..., en lo que son, efecto de su completo error acerca de nuestra naturaleza y carácter.

Y como también ignoráis las cosas de Asia, por esto, vosotros los de la Metrópoli, á pesar de vuestra alma generosa, de vuestra exquisita cortesia y de vuestras benévolas intenciones, sois tan solo unos amigos incapaces de protegernos de un modo eficaz.

El público es soberano en vuestro país. Al mismo debo dirigirme, por lo tanto, por medio del periódico, para intentar corregir aquella ignorancia que padecemos, y también vosotros, pues cara os cuesta.

Quisiera poder disipar algunos de los errores que impulsan á los europeos á emitir preocupaciones fantásticas en vez de juicios exactos, cuando de asiáticos se trata.

Lleváronme á ver cómo comprendia una de vuestras bailarinas célebres las danzas de mi país y creia deber bailarlas. El espectáculo me causó risa.

Algo parecido ocurre cuando vuestros agentes coloniales creen habernos comprendido y nos administran. Pero entonces ya no nos reimos.

No estoy familiarizado con las finezas del idioma francés. Si escribiese en lenguaje del Cambodge, respetaria las medias tintas para decir amablemente lo que creo del caso.

Escribiendo en francés, resultará brutal mi franqueza, sin duda alguna. Suplico que se me dispense.

Vuestra política en la Indo-China tiene por base fundamental la persuasión en que viven vuestros agentes de que todos los indígenas pertenecen á una raza inferior, de que son bárbaros ó niños.

Lo mismo dice el chino de los demás hombres.

Nosotros emitimos á veces el mismo concepto respecto á los chinos y á vosotros.

Pero como somos los débiles, no es inconveniente para vosotros nuestro orgullo de raza, mientras que el vuestro lo es para nosotros, porque sois los fuertes.

La consideración de vuestros agentes hacia mi pueblo, se asemeja á la de los españoles hacia los tagalos. Este error de concepto se traduce desgraciadamente por hechos.

Digo que es un error.

Saben, en efecto, los historiadores que fuimos la primera rama civilizada en la gran familia Aria.

Nuestra raza vivía en las ciudades pertenecientes á mi dinastía, á mi familia, en época en que vuestros abuelos huían errantes hacia el Occidente en busca de tierras capaces de alimentar su barbarie.

Somos Arios y también lo sois vosotros.

Solo que como no os habéis civilizado hasta muy tarde, habéis perdido la santa tradición.

El sanskrito en el que se inspiren vuestros sabios, es el idioma de los anales conservados en los conventos de bonzos, donde aprendí la historia de mi pueblo y de mi dinastía.

Me dicen que en nuestro país ciertas gentes se consideran muy nobles cuando data su familia de unos cuantos centenares de años.

La mía cuenta miles de años de existencia.

Vuestra alma social acaba de nacer. La nuestra vive desde el origen de los tiempos.

Somos la tradición y vosotros el accidente.

Por eso he visto entre vosotros hasta hombres de gran cultura equivocarse tan groseramente como el cabo de tambores que nos enviáis como funcionarios y que tratan á S. M. el Rey, mi padre, de manera tan villana, que no me permite mi dignidad reproducir aquí los términos empleados por aquellos hombres.

Creen los directores de vuestra política Indo-China y aquellos encargados de aplicarla, que carecemos de civilización y que han de imponernos instantáneamente lo que llaman la vuestra, y desorganizan y destruyen sin crear cosa alguna.

Dos hechos bastan á caracterizarnos.

Primero, nuestra antigüedad. Nos inspiró ésta el respeto al orden y á la autoridad, garantía de seguridad para todos.

En segundo lugar, las condiciones de vida en nuestro país. Bajo los trópicos, la naturaleza es buena madre. Para dar alimento á los hombres se contenta con el menor esfuerzo. No vende la tierra sus frutos, los regala. Y esto debilitó en nosotros, desde el origen, los instintos de lucha, las virtudes feroces que climas más fríos han fomentado entre vosotros.

Estos dos hechos: antigüedad de vida social y facilidad de vida ani-

mal nos preparon á la ley buddhista, que es ley de justicia y de amor.

El Rey ama á sus súbditos y éstos aman á su Rey.

La justicia es para todos y todos respetan la vida.

El Rey es dueño absoluto, es cierto; pero si éste cruza en su camino á un bonzo mendigo, el Rey se apea de su elefante, de su caballo ó de su coche, para saludar al pobre bonzo... Además precisa que haya orden.

En el sistema celeste, el movimiento de los astros obedece á leyes fijas é inmutables que son causa de la armonía.

Lo mismo sucede en nuestra sociedad tradicional que intentáis destruir.

El orden asegura á todos la felicidad. El desorden sólo puede engendrar la desgracia; no permite la justicia ni el amor, y siendo así, deja de existir la ley de Buddha.

Esta ley convirtió nuestro Estado en una gran familia, cuyo Padre es el Rey.

Todos los viajeros observan que la familia en nuestro pais vive unida y feliz.

Y si hubiesen aquéllos observado mejor, hubiesen consignado sin duda lo que afirmo, á saber: que la civilización buddhista habia transformado la sociedad del Cambodge en una gran familia. Cierto es que no era perfecta, tenia sus defectos.

Mas, ¿dónde hallaremos la perfección? ¿Dónde no encontraremos defectos?.

¿Aqui acaso? Pudiera creerse á veces cuando se lee vuestra literatura; pero cuando se os ha estudiado, cuando se os ha visto de cerca, ya no se puede creer.

Adaptado nuestro sistema social á nuestra raza, á nuestro pais y á nuestro clima, bastaba aquél á nuestra felicidad; tan dichoso era el último de los aldeanos como el primero de los Príncipes. No creo que podáis decir otro tanto.

En nuestro pais, como ya he dicho, el menor esfuerzo asegura ó aseguraba la vida.

Me ha parecido que en el vuestro ocurre precisamente lo contrario, y que os ingeniáis en hacer pagar á cada cual su sustento al precio representado por el mayor esfuerzo posible.

Lo que me ha sorprendido no poco, es la tensión, la continuidad y la generalidad de aquel esfuerzo. El trabajo es, sin duda para vosotros la felicidad.

Recuerdo, no obstante, que enseñan en sus Catecismos vuestros sa-

cerdotes que el trabajo es el castigo de un pecado; que estáis condenados á ganar vuestro pan al sudor de vuestra frente...

¡La vida transformada en castigo! He aquí lo que nos causa verdadero espanto cuando pensamos en la civilización que queréis imponernos, en la ley con la cual intentáis sustituir nuestra ley de Buddha. Y eso es lo que no queremos.

Sin duda con ello se consiguen los éxitos y triunfos de Exposiciones como las que admiro.

Pero bajo la magnificencia de este triunfo del esfuerzo humano veo el esfuerzo, no ya simbolizado por estatuas, pinturas ó discursos, lo veo como me lo han hecho ver, esto es, real entre vuestros obreros.

Y esa visión es la que me persigue sin cesar, la que conservaré como el recuerdo más vivo, más angustioso de vuestra civilización superior vuestros enormes talleres... vuestros barrios obreros y pobres... toda vuestra miseria...

Tenemos esclavos, yo mismo tengo. Pero antes de haberme dado cuenta de la realidad en vuestro país, jamás había comprendido el horror que os inspira aquella palabra.

Entre las libertades de que os vanagloriáis, me ha parecido que muchos de vosotros gozaban sobre todo de la libertad de morir de hambre.

Y nos oponemos á que hagáis semejante obsequio á nuestro pueblo, porque es la única libertad que podéis otorgarle. Disfrutó de las demás desde tiempo inmemorial.

Otra cosa he observado en esta Exposición: el genio de la destrucción dominándolo todo.

Y lo primero que invariablemente nos llevan á contemplar, son las manifestaciones perfeccionadas de aquel genio.

¡Admirad — nos dicen, — los hermosos obuses, los soberbios cañones y fusiles que fabricamos y los poderosos medios de conquista que poseemos!...

Ya sabe el Asia entera que vuestra metralla es poderosa.

Por eso mismo, S. M. el Rey, mi padre, es vuestro protegido.

Cuando acentuó Europa sus ataques contra el Asia, y cuando una de vuestras naciones rivales armó al reino de Siam contra el Cambodge, comprendió el Rey Norodom, mi padre, que la lucha era desigual, y al cederos parte de los ingresos de su reino, os pidió en cambio que le auxiliaseis con parte de vuestras fuerzas, con objeto de que fuese respetada su independencia.

En un contrato libremente discutido y libremente aceptado, cuyas cláusulas fueron siempre escrupulosamente respetadas, pagándoos lo

que os debia, el Rey Norodom sólo solicitaba de vosotros la protección armada, la que vuestros cañones y fusiles perfeccionados pueden asegurar.

Sólo eso, y absolutamente nada más, necesitaban el Rey y el pueblo del Cambodge.

Creyeron vuestros agentes que nos faltaba algo más. Supusieron, ó quisieron suponer, que carecíamos de administración, que no teníamos civilización alguna, y desde hace treinta años hasta la fecha vienen imponiéndonos por medio de decretos y acuerdos que me abstengo de calificar, vuestra administración y vuestra civilización.

Ni una ni otra queremos, porque ambas nos son contrarias. No constituyen el progreso para nosotros, y sí la desorganización y la ruina.

No quiero insistir, por ahora, en las realidades que responden á las palabras desorganización y ruina, porque soy vuestro huésped y confío en vuestra justicia para el porvenir, para el día de mañana, cuando regrese á mi país... porque ahora lo ignoráis menos que antes, y cuento más aún con vuestra inteligencia.

Cayeron todos los imperios coloniales porque estos ignoraron sistemáticamente el alma y el carácter de los pueblos sometidos y protegidos; porque siempre buscaron esclavos y súbditos en vez de aliados; porque siempre tuvieron por mira la explotación en vez de la asociación.

El sistema queda juzgado por sus resultados.

Cuenta Francia con sabios ilustres. ¿Por qué no recuerdan éstos á sus hombres políticos las lecciones de la historia?

Iukhantor,
Príncipe heredero del Cambodge.»

Influencia de las misiones en Oriente, y resultado de la misma.

En *La Clave de la Teosofía* escribe Madame Blavatsky:

«La Teosofía considera el propio sacrificio por el »bien práctico, para salvar á muchas ó algunas personas, como muy »superior á la abnegación por una idea sectaria, como, por ejemplo, la »de salvar á los paganos de la *condenación*.» En nuestra opinión, el »padre Damiano,aquel joven de treinta años que sacrificó su vida entera para aliviar los sufrimientos de los leprosos en Molokai, y que se »fué á vivir durante dieciocho años solo entre ellos para verse al fin »atacado por esa terrible enfermedad, de la cual murió: *no ha muerto »en vano*. Ha aliviado y proporcionado una felicidad relativa á centena-

»res de pobres desgraciados. Les ha llevado el consuelo mental y físico. »Ha derramado un rayo de luz en la noche oscura y terrible de una »existencia tan desesperada, que no se encuentra otra comparable en los »anales de los sufrimientos humanos.

»Era un *verdadero Teosofista* y su memoria vivirá eternamente entre »nosotros.

»Consideramos á ese pobre sacerdote belga como inconmensura»blemente más elevado que, por ejemplo, aquellos insensatos sinceros, »aquellos misioneros que han sacrificado su vida en las islas de los ma»res del Sur ó en China.

»¿Qué bien han hecho?

»Respecto á las primeras, trataron con seres que no eran aún aptos »para recibir verdad alguna; y en cuanto á la segunda, con una nación »cuyos sistemas de filosofía religiosa son tan elevados como cualquie»ra otros, si quisieran los hombres que los poseen seguir el modelo de »Confucio y demás sabios suyos. Murieron víctimas de caníbales y sal»vajes irresponsables, así como del fanatismo y del odio populares, »mientras que si hubiesen ido á los asilos de Whitechapel (1), ú otra »localidad de aquellas que se estancan y pudren bajo el brillante sol de »nuestra civilización, llenas de salvajes cristianos y de lepra mental, »hubieran podido hacer verdadero bien y haber conservado su vida »para una causa mejor y más digna..............................

»... Piensan los cristianos que bautizando el cuerpo de un salvaje »irresponsable, salvan su alma de la condenación. Una Iglesia olvida á »sus mártires, y la otra beatifica y levanta estátuas á hombres como »Labro, que sacrificó su cuerpo durante cuarenta años, sólo para bene»ficio de las inmundas sabandijas que de aquél se alimentaban. Si dis»pusiésemos de los medios necesarios para ello, levantaríamos una es»tatua al padre Damiano, el santo verdadero y práctico, y perpetuaría»mos su memoria para siempre, como ejemplo viviente de heroismo teo»sófico y de compasión y propio sacrificio Buddhista y Cristiano.»

También escribe el mismo autor en su obra *Isis Unveiled* (Isis sin velo), tomo II, página 79, lo que sigue:

«Nos inspiran verdadero asombro las pretensiones de la Iglesia católica en su empeño de convertir á los Hindos y Buddhistas al Cristianismo. Mientras conserva el «pagano» la fe de sus mayores, revela siquiera una cualidad que le enaltece: la de no apostasiar por el placer inocente de cambiar una colección de ídolos por otra de igual clase.

(1) Un barrio de Londres. (Nota del traductor.)

Al abrazar el protestantismo, ofrécele éste al menos alguna novedad, porque adquiere, por lo pronto, la ventaja de reducir sus opiniones religiosas á la más simple expresión.

Mas cuando aconsejan á un Buddhista que trueque... un Amuleto por otro mucho menos eficaz en eso de hacer milagros, no tiene aquél por qué vanagloriarse de su elección.. »

Madame Blavatsky, como todos los Teosofistas y filósofos dignos de este nombre, combatió durante toda su vida el egoísmo — la planta maldita, afirmando en todas sus obras que este es el origen y la causa de todos los males que afligen á la Humanidad.

El materialismo imperante, que no sólo devora á la sociedad europea poniendo en peligro su existencia misma, sino al Occidente entero, que dió nacimiento á la despiadada lucha por la existencia, y complicó de tal modo el problema de la vida, es el *derivado directo* del egoísmo, uno de sus aspectos, y del que á su vez nacieron el odio y como consecuencia el culto á la fuerza bruta, impuesto por aquél á los desheredados de la fortuna.

Reproduciré algunos conceptos de Madame Blavatsky acerca del sistema de educación moderna, sistema tan decantado en Occidente, y que tanto contribuye á fomentar el egoismo en el hombre.

Egoísmo. *Clave de la Teosofía*, páginas 224 y 225:

«¿Y cuáles son esos exámenes, terror de la infancia y juventud modernas? Son sencillamente un método de clasificación por el que se registran los resultados de las enseñanzas escolares.

En otras palabras: forman la aplicación práctica del método de la ciencia moderna al *genus homo*, *qua* inteligencia.

Ahora bien; la «Ciencia» enseña que el intelecto es un resultado de la acción mecánica de la substancia del cerebro.

Así, pues, es lógico que sea casi enteramente mecánica la educación moderna — especie de máquina automática para la fabricación de la inteligencia por toneladas. Basta una poca experiencia de los exámenes, para demostrar que la educación que producen es simplemente un ejercicio de la memoria física, y tarde ó temprano todas vuestras escuelas caerán á este nivel. En cuanto á cultivar real y sólidamente el poder reflexivo y racional, es simplemente imposible, puesto que todo ha de juzgarse por los resultados de los exámenes competidores. Repito que la educación de la escuela es factor de la mayor importancia en la formación del carácter, especialmente en el sentido moral. Pues bien; todo vuestro sistema moderno está basado en las llamadas revelaciones científicas: «La lucha por la existencia» y la supervivencia del más

apto». Durante la juventud se inculca á todos estos principios, tanto por medio del ejemplo práctico y de la experiencia, como por la enseñanza directa, hasta que se hace imposible borrar de su mente la idea de que el «yo», ese yo inferior personal y animal, es el único fin y objeto de la vida, del que arranca la gran fuente que luego origina todos aquellos sufrimientos, crímenes y egoismo despiadado que tanto como yo reconocéis.

El egoismo, como tantas y tantas veces he repetido, es la plaga y maldición de la humanidad y el padre prolífico de todos los males y crímenes en esta vida, y vuestras escuelas son las semillas de semejante egoismo.»

J. X. H.

(Continuará.)



SOBRE EL MISTICISMO MUSULMÁN

SUS PRÁCTICAS Y SUS ÓRDENES RELIGIOSAS

(A mis amigos *Mohamet Busuf* y *Hach Abdelkader Lajdar.*)

> Dios es la luz de los cielos y de la tierra. Esta luz es como un foco dentro del cual se halla una antorcha; una antorcha puesta dentro de un cristal, cristal semejante á una estrella brillante; esta antorcha se enciende con el aceite de un árbol bendito, de un olivo que no es ni del Oriente ni del Occidente, y cuyo aceite brilla aún cuando el fuego no le toque. Esto es luz sobre luz. Dios conduce á la luz al que quiere y propone parábolas á los hombres...
>
> (AL-KORAN. Surat. XXIV, 35.)

Los que antes de ahora estudiaron el asunto de que vamos á tratar, fueron extranjeros. Pueden reducirse á media docena de nombres: el Capitán Richard en 1846; Brosselard en 1859; Luis Rinn en 1884; Carbonnel muy recientemente en un trabajo que se ha hecho célebre y que ahora se ha traducido al brasileño; N. Ney, en un alarmante y poco original opúsculo titulado *Un peligro europeo* ó *Las sociedades secretas musulmanas*. Entre nosotros, los españoles, acaso los ocho siglos de dominación musulmana que sufrieron nuestros pasados, aún no olvidada, hacen mirar con prevención todo aquello que pudiera destruir la idea, muy española, de «la atroz barbarie», «la bestialidad completa», etc., etc., de nuestros vecinos de allende el estrecho, y más de alguna burlona sonrisa caerá seguramente sobre el encabezamiento de éstas nuestras observaciones... En España, donde en 1086 una orden *re-*

ligiosa, la de los Almoravides *(Al-mora bit-os)*, destruyó las huestes de Alfonso VI y su *profeta* el fanático Yusuf, «que jamás comió otra cosa que pan de cebada», ni vistió más traje que «tosco sayal de lana», envió al Africa, según la tradición, 40.000 cabezas de cristianos, no se puede hablar de órdenes religiosas arábigas... Y por si esto fuera poco, aún seguramente blanquean, si hemos de creer la voz del pueblo, los huesos de aquéllos nuestros ascendientes, que en espantosa hecatombe (20.000 castellanos, entre ellos la flor de nuestra nobleza y de nuestras Órdenes militares), sucumbieron el 1.° de Julio de 1195, en parte á causa del temerario reto de Alfonso VIII... y en parte á causa de la invasión de otra secta: la de los Almohades.

Pero no es de estas Ordenes, más bien que religiosas militares, como las nuestras de Montesa, Calatrava, Santiago y Alcántara (que por cierto *hubieron de nacer por aquel entonces)*, ni de estos *religiosos*, ni aun casi de estas razas de las que hemos de ocuparnos. Las muchedumbres africanas, lo que constituía la masa de los Almoravides y Almohades, estaba formado por las hordas negras de allende el Atlas, por las gentes de Marruecos que desde la *Gœtulia nigra* y la *Deserta Libyœ* se extendían hasta el «mar circundante» frente á las islas Afortunadas, ó sea las Canarias; los de que hemos de tratar son casi siempre árabes puros, de los comarcanos con Egipto y con el Oriente. Cierto es que entre éstos los hay que han caído en la más completa degeneración; pero junto á ellos los hay que, por el contrario, se remozan y despiertan hasta tal punto, que no falta quien vea en ello una amenaza para la Europa. No hace muchos años nos vimos envueltos en una segunda guerra de Africa, en la cual, si el movimiento llega á generalizarse, nadie sabe cómo hubiéramos salido. El antepasado año, según *The Daily Chronicle*, estuvo Europa al borde de presenciar un resurgir de la *Guerra santa* si llegan á levantarse los *Senussi* (prepotente red de cofradías, de que hablaremos en otro lugar) como pensaban, en *protesta de todo lo cristiano*, exactamente igual que ha sucedido hoy en la China. En el año de 1900, que acaba de transcurrir, la prensa ha popularizado estas amenazas. En las *zawias* ó conventos musulmanes no se perdonará el sacrilegio cometido por las tropas del General Kitchener que, con escándalo de todo el Islam, arrojaron al Nilo los restos sagrados del *Madhi*...

Todas estas circunstancias, de relativa actualidad por una parte; la de haber sido españoles algunos fundadores de estas agrupaciones, como *Abu-Median-el-*ANDALUSÍ, ó sea *el Andaluz*, que fundó la Orden de los *Madanyas* y que murió en 1198, ó *Yucef-el-*ANDALUSÍ, que fundó la de los *Kalenderya*, muerto en 1324; el estar relacionada la orden española de los Jesuítas, ó sea la Compañía de Jesús, con algunas de estas órdenes árabes, según autorizadísimas opiniones que conviene analizar, y finalmente, el deseo de concretar algunas observaciones nuestras sobre tales materias, han hecho nacer las presentes líneas.

Pero antes de hablar de todas estas observaciones sobre las órdenes citadas, se hace preciso indicar previamente cómo existen algunas notas comu-

nes entre las Tradiciones arcaicas árabes y la gran Tradición aria, sentado lo cual no resultaran extrañas algunas de nuestras futuras afirmaciones. De aquí que hallamos de tratar nuestro tema en el orden que sigue:

a). Relaciones entre la Tradición islamítica y la hinda arcaica.

b). Relaciones entre los grados ó estados del misticismo Musulmán y de sus prácticas, con las puramente Arias.

c). Relaciones entre las Órdenes religiosas de unas y otras Razas.

***

Al tratar del primer punto, hemos tropezado con lo fragmentario de dicha tradición y luego con algunas contradicciones sobre la materia, deducidas de los mismos tratados árabes. Así como en la India los tratados son remotísimos y las tradiciones completas, aquí son aquéllos modernos y éstas fragmentarias. Luego, esa misma unanimidad que existe en toda obra de literatura ó filosofía hinda transcendental sobre las *enseñanzas ocultas* (no tengo otra palabra), aparece aquí convertida en dos tendencias que se pueden sintetizar en los siguientes párrafos tomados del *Koran*.—Dice uno de ellos:

«... Mas, ¿cómo alcanzarán esta fe, que ahora afectan, cuando están tan lejos *por su pasado?*

Ellos no creían antes y proferían habladurías referentes á *cosas ocultas de tan lejos.*

Un intervalo inmenso se interpondrá entre ellos y lo que desean.»

(*Surat* XXXIV. 51, 52, 53.)

Esto se aplica hoy á los infieles, á los no creyentes europeos, pero fué dicho para los no creyentes de la época, y en la época en que habla Mahoma los no creyentes eran los mismos árabes, como deja entender muchas veces con amargura el profeta. Ahora bien; compárese el anterior párrafo con el que sigue y se verá que implica contradicción; dice:

«He aquí el libro (*el Koran*) sobre el cual no hay duda ninguna; es la *dirección* de los que temen al Señor; de los que creen en las *cosas ocultas*; de los que hacen con *exactitud* la oración...; de los que creen en las revelaciones enviadas desde lo alto, á ti y antes que á ti...»

(*Surat* II. 1, 2, 3.)

La frase *Un intervalo inmenso*, etc., conviene con cierta profecía árabe que dice han de sufrir aún mucho tiempo la dominación europea, y que tardarán en salir de su postración. Pero, ¿cómo para ese pueblo postrado fué escrita la palabra de Dios y cómo se le habla de *cosas ocultas*, etc.? ¿Cómo ha de salir de su actual estado y cómo esperan salir? Ya veremos sobre esto el papel de algunos místicos y la importancia de algunas de sus doctrinas. Entre tanto, creo no debe pasarse en olvido una frase del Maestro H. P. Blavatsky en la que, refiriéndose á los Anales Cósmicos esotéricos, dice que

EXCEPTUANDO UNA OBRA ÁRABE, PROPIEDAD DE UN SÛFÎ, NO HABÍA VISTO NUNCA UNA COPIA EXACTA DE ESTOS ANALES MARAVILLOSOS DE LA HISTORIA PASADA DE NUESTRO GLOBO. Dado este dato, no habrá de extrañar todo lo que posteriormente se diga sobre la comunidad de enseñanzas.

***

Claro es que tratándose de una tradición de la que no poseemos sino datos fragmentarios, fragmentario ha de ser su estudio. Lo más completo que se posee es el Koran y á él recurriremos á menudo. Por lo pronto, hemos de advertir que el espíritu del Koran es en este punto concluyente. Mahoma repite varias veces que él no hace más que exponer la verdadera Tradición, la Verdad *ya comunicada otras veces...*

... Cuando se les decía: No hay otro Dios que Dios, se hinchaban de orgullo. Y decían: ¿abandonaremos á nuestros dioses por un poeta loco? No. Él nos trae la verdad y *confirma á los apóstoles precedentes...*

(Al-Koran. *Surat* XXXVII. 34, 35, 36.)

... Una gran parte de los pueblos antiguos se habían ya extraviado antes que ellos *(los infieles); nosotros enviamos entre ellos avisadores.*

(Idem id. 68.)

Ahora bien; aunque relativamente completo el Koran, no ha de ser en este primer aspecto de nuestro estudio la única fuente. Más fe nos merecen por su antigüedad las creaciones mítico religiosas y populares, en donde más espontáneamente hemos de encontrar lo que deseamos, valiéndonos para esto de la extensa y documentada obra de Luis Kinn, *Marabouts et Khouan* (1), en la que se contienen interesantes noticias.

La ortodoxia es entre los árabes, según dice Rinn, la condición imprescindible para que una secta no se convierta en abominable herejía. Todo fundador árabe ha tenido, pues, buen cuidado de adquirir pruebas de su ortodoxia antes de lanzarse al campo de la propaganda. Y esta ortodoxia árabe se alcanza poniéndose bajo la protección tradicional de todos los sabios y fundadores anteriores, remontándose hasta el Profeta. Denomínase esto la CADENA *(selselat, cadena, serie,* pero también, *genealogía, familia, progenie),* y los que la componen AHL-ES-SELSELAT; «la gente [la tribu] de la Cadena». Ahora bien; en tanto se reduce á esto la dicha cadena, no tiene para nosotros gran interés porque no acusa más que una costumbre semejante á la seguida por nosotros los latinos durante toda la época cristiana, cuando no se daba

(1) Aprovechamos gustosos esta ocasión que se nos presenta al citar la obra de Rinn que, como otras muchas conocemos por el Sr. Codera, para hacer público nuestro agradecimiento al sabio Catedrático de Lengua árabe en la Universidad Central, maestro querido nuestro, á cuyas noticias y enseñanzas históricas y rica biblioteca de obras arábigas y estudios anexos hemos recurrido en varias ocasiones, para este y otros trabajos.

un paso de importancia en materia religiosa ó se sentaba alguna nueva conclusión sin recurrir (y ojalá se hubiera recurrido siempre) á la conformidad de la nueva doctrina con la de los Apóstoles, Padres de Iglesia, etc., etc., lo que entre nosotros degeneró en la indigesta costumbre de llenar las márgenes de todos nuestros escritos con citas más ó menos oportunas de los SS. PP.

Pero cuando se añade que se suele colocar la *Cadena* (valiéndome de una expresión algo inadecuada) bajo el patronato de ciertas entidades de la más antigua mitología árabe, como los R'UTS, el QOTB y otras, la cuestión varía, pues entonces, como observaron algunos escritores, á lo que se asemeja la *Selselat* arábiga es á otra *cadena*, la Gnóstica y Neo-platónica, la σειρα ἑρμαική, ó sea la «*serie ó cadena* hermética». Pero de todo esto hemos de hablar cuando nos ocupemos de los *Juan*, ó sea de los *Hermanos* los «*Cofrades*», pasando por ahora á tratar de los *R'uts* y demás entidades ó «santos», según dicen algunos.

Los R'uts son á manera de legión de Santos, como dice Rinn, que viven desconocidos é invisibles y que, *en razón á la superabundancia de su santidad*, pueden, sin comprometer su salud, *tomar á su cargo una parte de los males de la humanidad y de los pecados cometidos por los fieles*, y tienen además otras misiones de las que iremos dando cuenta. Aseguran los tratadistas que la creencia en los R'uts es común, no ya á los árabes de las agrupaciones religiosas, sino á los no congregados; es decir, que viene á ser una creencia popular, universalmente admitida en todo el Islam, pero no precisan más.

Nosotros creemos se puede asegurar ante todo que se trata de una reminiscencia de ideas puramente arias, é hindas por añadidura. Claro está que resultará extraño, tratándose de una creación tal vez la más semítica de todas las que pudieran citarse. Pero hay muchos datos por enmedio. En primer lugar, han de advertir que la idea del *salvador* que «redime de los pecados», el σωτὴρ (sôtêr) de los gnósticos, es puramente aria. En la mitología de la India encontramos dicho símbolo con anterioridad palpable al resto de los europeos y semíticos. E independientemente de la mitología, entre las tradiciones ascéticas es admitido desde tiempos pre-búddhicos lo que se llama el «Sendero de la *compasión absoluta*» por el cual camina el Bôdhisattva ó sea el que, pudiendo pasar al *estado Nirwánico*, reusa cruzar «á la otra orilla» y permanece ayudando invisiblemente á la Humanidad. La idea, pues, como se ve es la misma. Pero no es esto sólo lo que podemos decir de los R'uts. Estos se asemejan á otras creaciones de la mitología hinda. Si tenemos en cuenta que los R'uts suelen citarse entre los tratadistas árabes con las variantes filológicas de *Harut* y *Marut*, podremos suponer que los tales R'uts, *Harut* y *Marut* no son sino los MARUTS «los más antiguos, así como los más incomprensibles de todos los Dioses secundarios del Rig-vêda», según la expresiva frase del maestro H. P. Blavatsky.

Estas legiones de R'uts, que se suele decir llegan á 356 unas veces y á 4.000 otras, convienen con las de los Maruts de las leyendas hindas. En el Rch-vêda, v. g., los Maruts son hijos de Rudra y de Diti; ésta deseó tener

un hijo que destruyese á Indra, y Kaçyapa el Sabio le dijo que había de llevarlo en el seno «con pensamientos puros y obras puras, durante cien años.» Indra hizo fracasar el designio dividiendo el embrión con su tonante rayo en siete partes, y cada una de éstas en otras siete... Más tarde, en los *Purânas*, se hace ascender la progenie de Rudra ó sea los Maruts á *«un número infinito de seres iguales en persona á su padre.»*

Pero no son decisivas estas semejanzas. Las leyendas Talmúdicas cuentan sobre los Harut y Marut árabes lo siguiente:

Los Seres Celestes deploraban en presencia de Dios la maldad de las razas, no obstante el envío reiterado de profetas, por lo cual Dios les mandó que escogieran dos de entre ellos para juzgar á los hombres, y Harut y Marut fueron los elegidos. Su rectitud fué intachable en un principio. Pero sucedió que, presentándoseles una mujer de extraordinaria belleza, llamada Zohra, á invocar la autoridad de ellos en contra de los derechos de su marido, *ellos quisieron poseerla*, pero la beldad desapareció de pronto, y cuando Harut y Marut volvieron al cielo, *no pudieron entrar ya en él*. Después, por la intervención de un bienaventurado, les permitió Dios que escogieran entre las penas del mundo y las del infierno, y ellos escogieron las mundanales y permanecen en Babilonia *suspendidos entre el cielo y la tierra.*

Comparemos esto con lo dicho por H. P. Blavatsky en el capítulo *Los misterios de la hebdómada* (letra D.), ó sea que los Maruts representan, entre otras cosas, «las pasiones tempestuosas desencadenadas en el pecho de cada candidato cuando se prepara para la vida ascética», y además, «las potencias ocultas, escondidas en los múltiples aspectos de los principios inferiores del Akaça — representando su cuerpo, ó Sthûla — çarîra, la atmósfera inferior terrestre de cada Globo habitado» ó también «seres de naturaleza cósmica y física», y nos explicaremos lo que simboliza la extraña caída de los dos *jueces* árabes y la frase *estar suspendidos entre el cielo y la tierra.* Y por si esto no fuera decisivo, leyendo el Koran se encuentra la siguiente referencia que puede decirse concluyente por lo bien que concuerda con las leyendas hindas y las frases anteriores. Dice así:

«Ellos *(los infieles)* siguen lo que los demonios habían imaginado sobre el poder de Salomón (1). Ellos enseñan á los hombres la magia y la ciencia bajada de lo alto á los dos ángeles de Babel *Harut y Marut*; pero éstos no instruían á nadie en su arte sin decir: «*Nosotros somos la tentación*, ten cuidado no te conviertas en un infiel.» Los hombres aprendían de ellos los medios de sembrar la desunión entre marido y mujer; mas los ángeles no hacían mal...; no obstante, los hombres aprendían lo que les era dañoso...» etc.

(KORAN. *Surat* II, 96.

***

Tan interesante como el de los R'uts es el estudio de la no menos exten-

(1) Los demonios introdujeron, según los comentarios arábigos, bajo el trono de Salomón *libros de magia*, y á su muerte corrieron la voz de que los que obtuvieran de aquellos libros, adquirirían poderes como los del Rey Salomón. Esto es, invitaban á la magia inferior...

dida entidad QOTB. Su concepto está más definido que el de aquéllos. Dice Rinn que es el santo por excelencia, el que ocupa *la cúspide del eje alrededor del cual el género humano, con todos sus seres, sus grandezas, sus virtudes, sus ciencias, sus vicios y sus pequeñeces, cumple su eterna é inmutable revolución*, siendo á la vez *el hombre más considerable de su época*. Pero luego añade que los árabes precisan el significado de QOTB diciendo que es «EL POLO DE LA ÉPOCA» y que aumentan la fuerza de la expresión designándole por antonomasia el «POLO DE LOS POLOS», lo cual, lejos de aclarar el concepto, lo modifica por completo. Si examinásemos la palabra *Qotb* sin recurrir á otros eslabones de la Gran Tradición Universal, no podríamos entender esta dualidad de conceptos que ya nos la presenta como el Polo Norte y la Polar (esto es lo que da el Diccionario), ya como creación mítico-religiosa. Ni tampoco podríamos entender esa alusión á un *tercer* polo, ni esa especie de mutabilidad que acusa lo de «polo *de la época.*»

Todo esto, sin embargo, nos prueba una vez más el origen común de estas creaciones que estamos reseñando, toda vez que encontramos en el Oriente arcaico y ocultista como idea común, la de la variabilidad de situación de los Polos. Esta idea que hoy comienza á ser admitida en la alta y recientísima astronomía, era del dominio de la arcaica ciencia oriental. Se puede deducir de un modo perfectamente científico que los polos han sido alterados en su situación TRES veces, á partir del establecimiento regular de los cálculos zodiacales en Egipto hasta nuestros días. (Y remitimos al lector á la obra de Mackey, *Sphinxiad* ó *Astronomía Mitológica*, etc., ó á la *Doctrina Secreta*, tomo II. 327, 394.) De aquí las alusiones á diversos Polos. Pero aún hay más; se admiten Polos no-físicos de los que luego hablaremos, y sobre todos ellos el Svar-loka ú Olimpo hindo. Y á la vez se citan Espíritus Planetarios que ellos simbolizaban bajo la forma de círculos *invisibles*, los cuales Espíritus venían á ser las causas prototípicas, *el alma de los orbes celestes*, y los orbes, por tanto, sus cuerpos visibles. Flammarión se ha encargado de popularizar hoy éstas ó parecidas ideas. Pero continuando, diremos que la Tierra, como los demás planetas, era para los hindos la «vestidura física» del correspondiente espíritu planetario. ¡He aquí una idea gemela del Qotb árabe, el cual puede ser muy bien el Espíritu planetario de la Tierra alrededor del cual gira ésta, y, como es natural, con *todos sus vicios* y *bondades!*... Y para que la semejanza sea más completa, diremos que los planetas (Soles en un principio según las creencias arcaicas orientales) eran denominados en el singular y alegórico lenguaje de la India con el extraño epíteto de «caracoles Celestes», á causa de que su Inteligencia, informe con relación á nosotros, caminaba con ellos en su eterno curso como el caracol cubierto por su caparazón... Y como comparaban á los planetas con los seres vivientes, con el hombre, al cual clasificaban en varios aspectos ó principios, también los planetas eran asimismo clasificados, y el Polo Norte correspondió en las divisiones hindas al principio, plano ó aspecto *séptimo*, ó sea el más elevado, el *Atmâ* de la metafísica buddhista. El hermoso poema el *Sûrya Çid-*

dhânta nos aclara la semejanza de las tradiciones presentándonos al Polo *psico-físico* como «eje», pues allí se dice (cap. V, 5) que el Olimpo «atraviesa el globo terrestre *rebasando por ambos lados*», ó sea por ambos polos, en el superior de los cuales están colocados los Dioses, y en el inferior los Demonios. De este modo especial de concebir el Polo, sin deslindar los límites de lo físico ni de lo alegórico, nacieron, á no dudarlo, las diversas creencias aún hoy practicadas en la India. El *Viçnu Purâna* (II, 306. Wilson) nos dice que la vista de *Dhruva* (que como el Qotb árabe significa á la vez que *la estrella polar*, su *personificación divina y metafísica*) y la de *Çiçumâra* (la constelación, el *Delfín*) «hace expiar cualquier pecado que se haya cometido durante el día.»

DR. VIRIATO DÍAZ-PÉREZ.

(Se continuará.)



NOTAS Y RECORTES

Viaje del Presidente de la S. T. Coronel Olcott. Con objeto de evitar un gasto inútil de tiempo, participamos á todos aquellos que por asuntos relacionados con la S. T. hubiesen de dirigirse al Presidente de la misma, Coronel Olcott, á partir del 15 de Enero lo hagan á cargo del Sr. Alexander Fullerton, 46 Fifth Avenue, New York City, pues dicho Sr. Olcott saldrá el 11 de Enero desde Colombo para San Francisco. Desde este punto partirá más tarde para la América del Sur, donde visitará los numerosos Centros de propaganda teosófica allí existentes.

Aviso importante. A fin de simplificar sus transacciones económicas con la Secretaría de la Sección Europea, evitando las complicaciones y dificultades que constantemente se estaban originando por la fluctuación de los cambios, la Rama de Madrid de la S. T. ha llegado á un convenio, por medio del cual, sea cual fuere el cambio, satisfará los pagos á la referida Sección al tipo de ptas. 1,50 por cheling.

Obras portuguesas interesantes. El eximio literato Sr. Lino d'Assumpção, miembro de la Real Academia de Ciencias portuguesa, ha publicado recientemente una interesante obra sobre el Monasterio de Semide (Coimbra). El estudio *Las monjas de Semide*, así como el titulado *As freiras de Lorvão*, y otros que sobre el mismo asunto tiene publicados dicho señor, son interesantes para todos aquellos que estudien desde el punto de vista psico-

lógico los antiguos místicos españoles. Los documentos valiosísimos que por primera vez saca á pública luz el Sr. Lino d'Assumpção, permiten reconstruir á la vez que la antigua vida monástica, el proceso psicológico á que se sometían ciertas exaltadas místicas portuguesas hasta llegar al *rapto,* al visionismo, á la alucinación, al éxtasis y en no pocas ocasiones... á los refinamientos Molinistas... Recomendamos muy de veras el estudio hecho por el Sr. Lino sobre la monja de Lorvão, *Joanna de Jesus,* la gran visionaria portuguesa, émula de Santa Teresa, y de la que tal vez nos ocupemos al tratar de algunos místicos españoles.

El Ocultismo y la prensa. El precedente sentado no ha mucho por el popular literato D. Eusebio Blasco haciendo fijar la atención pública sobre los problemas relacionados con las llamadas vulgarmente *ciencias ocultas,* ha preparado el camino para otros nuevos trabajos. Al sensato artículo que con el título de Ocultismo publicó dicho señor en el semanario *Alrededor del mundo* (núm. 39), y á los diferentes que sobre la misma materia han aparecido allí mismo y en otras partes, hay que añadir los que el Sr. Salcedo Morales ha publicado en el importante periódico barcelonés *Cosmopolita* (suprimido ahora por la censura). El Sr. Salcedo ha inaugurado una sección titulada *Ocultismo,* en cuyo primer artículo anuncia su propósito de «llamar la atención sobre la grandeza de ciertos fenómenos y ensayar el procedimiento para explicar lo que crea explicable». No sabemos hayan aparecido más trabajos que el primero.

El hambre en la India. Como síntesis de todo lo dicho por la prensa española sobre la precaria y lastimosa situación por que en la actualidad atraviesan millares de desgraciados hindos, creemos oportuno reproducir el siguiente párrafo, tomado del artículo *El hambre,* que la pluma del Sr. Salmerón y García ha trazado en *El Pueblo* de Valencia. Dice así:

«Bajo un cielo azul que resplandece y en las costas de un mar de plata que brilla en un territorio encantado, misteriosa cuna de la humanidad, innumerables seres sienten las torturas del hambre, perecen de inanición, como si la tierra se negara á mantenerlos en vida, ó como si hombres infames quisieran bárbaramente reducir el linaje humano sobre el haz del planeta. Son una inmensa legión de condenados, una humanidad entera que vuelve á la animalidad mísera y desamparada y sólo encuentra en el fondo de las gargantas resecas un fúnebre clamor de fiera agonizante: son levas de espectros que viven — para supremo horror, — caravanas trágicas que van arrastrándose hacia la más hermosa de las montañas y al más brillante de los mares del planeta, dejando á lo largo de los campos una siembra de cadáveres que debiera producir una cosecha de venganzas. Las levas de espectros pasan, muertos que viven, y los brazos y las manos que se desprenden del cuerpo y caen inertes y podridos sobre las piedras, menos duras que el

corazón de los poderosos y de los ahitos, nunca se erguirán con gestos de amenaza contra el cielo inclemente y la sociedad madrastra.

Y mientras esto pasa, París está en fiesta, y en la feria universal se dan cita todas las codicias y todos los apetitos: el oro corre y se despeña en cataratas como un inagotable Niágara; Londres delira de júbilo por sus victorias sobre los boers, y la población desharrapada de sus barrios excéntricos, donde se agoniza de vicio y de miseria, enronquece á fuerza de aclamaciones ante las grandes casas de banca de la *City*.»



¡ESCUCHAD!

Es un nuevo cantar, siendo muy viejo,
cuyas notas, vibrantes, aletean,
como el rumor lejano de la vida
perdido en el misterio de las cumbres.

No es el canto feroz, en los combates,
— himno férreo con música de plomo —
de los hombres que luchan, confundidos,
como irritadas sierpes silbadoras.

No la sorda protesta que al arado
enderezan los tímidos terrones,
cuando arranca, impasible, las raíces
de las húmedas yerbas indefensas.

No el retemblar profundo del volcán,
desgarrando sus lóbregas entrañas
para lanzar de sí lava encendida
que desafíe los altos luminares.

No es el lento murmullo del arroyo,
amante veleidoso de las guijas,
al que miran celosas las cigarras
y con canto monótono apostrofan.

No es la bestia humana, levantando
el enjambre voraz de las pasiones,
que disparadas salen de las almas
como lluvia de dardos ponzoñosos.

No el metálico timbre de moneda,
sobre verde tapete circulando,
que temblorosa escucha la codicia
cuando las garras, ávida, le tiende.

No la oculta ambición, desenfrenada,
de un magnate que sueña poderío,
y destina á los hombres — cual rebaño —
al sacrificio estéril de la vida.

No es el amor grosero de la carne,
que lascivo trasciende de los ojos,
en hartura muriendo, fatigado,
para nacer más torpe todavía.

¡No es el gemir de la miseria humana!
¡No es el grito brutal de las pasiones!
¡No es la voz de Natura destructora!
¡No es el eco maldito de la tierra!

. . . .
. . . .

Es callado rumor de algo muy grande
que majestuoso y lento se avecina. . .
es un rayo de luz, que desvanece,
del humano dolor, la noche triste.

Es un loto que brota, inmaculado,
en el limo social de nuestros días,
para desvanecer, con sus aromas,
la inficionada aroma terrestre.

Es la señal de tiempos venturosos...
el mensajero alegre del mañana;
es la *voz insonora* que nos dice:
¡Escuchad al Espíritu Supremo!

. . . .
. . . .

¡Oh, aliento de amor, grande y potente,
que has de unir en un haz las voluntades,
derribando con mano compasiva
las barreras que ahora nos separan;

¡Tú juntarás, fraternas, nuestras manos,
sobre el ara mejor que el orbe tiene,
para allí comulgar con el sabroso
pan de vida inmortal: el ALTRUÍSMO!

Barcelona 1.° Enero de 1901.

J. PLANA Y DORCA, M. S. T.

PENSAMIENTOS SUGESTIVOS DE HOMBRES NOTABLES

35. Dios, el Alma suprema, la Idea, la Razón impersonal, el Entendimiento agente, lo Absoluto, el Paramatma, lo que quiera que sea y como quiera que se entienda y se llame, conforme á cada doctrina filosófica ó religiosa, se ha ido revelando paulatina y gradualmente, según la aptitud y capacidad de los hombres para recibir y comprender la revelación. En el significado más lato, lo que se revela precede siempre á lo que se averigua y demuestra. La fe sirve siempre de guía al entendimiento y camina delante de él y no le lleva á nuevas verdades hasta que después de comprender las que ya le manifestó de antiguo, le halla capaz de aceptarlas. Toda religión testifica que es así. En la cristiana, por ejemplo, sobre lo revelado por los Patriarcas, viene lo revelado por Moisés; sobre la revelación de Moisés, la de los Profetas; y si Cristo acrecienta la revelación, no la hace toda, sino que envía á su Espíritu más tarde y aun el mismo Cristo queda en su Iglesia y sigue revelando hasta la consumación de los siglos. Y aunque para los incrédulos no valga esta revelación externa, no podrá menos de valer la revelación íntima que se realiza en el centro del alma humana, sin que nos incumba resolver aquí si natural ó sobrenaturalmente. Ello es que sin esta revelación, sin algo que intuitivamente percibimos y aceptamos por fe, ni hay cultura posible, ni ciencias experimentales y de observación, ni moral, ni política, ni leyes, ni sociedad con orden.

(Juan Valera: *La Metafísica y la Poesía*, 1891. Prólogo.)

36. ¿Por qué la vista de ciertos objetos despierta en nosotros ideas que parecen pertenecer á sueños vagos ó á obscuros recuerdos, tales que mi anciano brahmin Moonshie los hubiera atribuído á una vida anterior á la presente? ¿Será que los objetos, parecidos á los fantasmas que crea el sueño, nos recuerdan las visiones que éste nos ofrece, haciéndonos hallar una misteriosa é imaginaria analogía entre la ilusión y la realidad? ¡Cuántas veces, hallándonos en algún sitio por primera vez, entre gentes á quienes nunca hemos visto, se nos figura, sin embargo, que ni los interlocutores, ni el asunto de que hablan, ni el lugar en que se encuentran no son enteramente desconocidos, y aun casi adivinamos, como si ya lo hubiéramos oido, lo que van á decir!

(Walter Scott: *Guy Mannering*, Cap. XLI.)

37. Hay en nosotros algo más avisado que la cabeza. Obramos, en efecto, en las grandes situaciones, en las más importantes de la vida, menos por

un conocimiento exacto de lo que conviene hacer, que por un impulso interior; pudiera decirse que por un impulso proveniente de lo más profundo de nuestro ser, y luego criticamos nuestra conducta en virtud de nociones precisas, pero á la vez mezquinas, copiadas, aun á veces prestadas, según reglas generales ó según el ejemplo de lo que otros han hecho...

Quizá este impulso interior es guiado, sin que lo apercibamos, por sueños proféticos, olvidados al despertar, que dan así á nuestra vida ese tono siempre igualmente cadencioso, esa unidad dramática que no podria prestarla la conciencia cerebral, siempre tan vacilante y tan fácilmente variable; esto es quizá lo que hace, por ejemplo, que el hombre llamado á producir grandes obras en una rama especial, tenga de ellas, en su juventud, el sentimiento íntimo y secreto, y trabaje en vista de este resultado como la abeja en la construcción del panal...

(Schopenhauer: *Parerga y Paralipómena.* Libro V, cap. IV, § 48.)

38. El creador de una obra, en tanto que no reconoce el principio divino que le inspira, debe necesariamente aparecérsenos más bien como profano que como iniciado. Aunque no se dé cuenta de lo que en sí mismo pasa, no revela menos, sin saberlo, á los que le comprenden, los más ocultos secretos, es decir, la unidad del ser natural y divino, y nos descubre así el interior de esta bienaventurada naturaleza que no admite contrarios. Por esta razón ya en la antigüedad más remota fueron los poetas venerados como inspirados de los Dioses y animados de su espíritu... ¿No te parece que podríamos llamar con razón exotérico ó público al conocimiento que nos muestra las ideas en las cosas y no en sí mismas, y, por el contrario, esotérico ó reservado al que nos presenta los tipos modelos de las cosas, tales como son en sí y por sí mismas?

(Schelling: *Del Principio divino y natural de las cosas.*)

39. ¿Por qué el alma no podrá siempre guardar un cuerpo sutil, organizado á su manera, que podrá aún volver á tomar un día lo preciso de su cuerpo visible, para la resurrección, puesto que se concede á los bienaventurados un cuerpo glorioso, y puesto que los antiguos padres han concedido un cuerpo sutil á los ángeles?

(Leibnitz: *Sobre la doctrina de un espíritu universal.*)

40. Yo he sido compuesto de materia y forma; pero ninguno de estos dos principios se aniquilará, así como tampoco han venido de la nada. Cualquiera, pues, de estas partes pasará, mediante la mutación á ser alguna parte del mundo, y ésta pasará segunda vez á ser otra parte del universo, continuándose después esta sucesión hasta el infinito. Ni sólo yo vine al mundo por esta vía de la mutación; vinieron también los que me engendraron, y por su orden otros, retrocediendo al infinito. Ni hay motivo alguno para que

esto no parezca verdad, por más que el universo se rehaga y ordene de nuevo, según sus períodos determinados.

(MARCO AURELIO: *Los XII libros.* Lib. V, XIV.)

41. ... ¿qué es el hombre en la naturaleza? Una nada con relación á lo infinito, un todo con relación á la nada, un medio entre la nada y el todo. Está infinitamente alejado de los dos extremos y su ser no está menos distante de la nada, de donde ha salido, que de lo infinito, donde está sumido. En el orden de los seres inteligentes, su inteligencia tiene el mismo rango que su cuerpo en la extensión de la naturaleza, y todo lo que puede hacer es percibir alguna apariencia del objeto de las cosas, permaneciendo en desesperación eterna por no conocer ni sus principios ni el fin. Todas las cosas han salido de la nada y han sido elevadas hasta lo infinito. ¿Quién puede seguir esas admirables evoluciones? El autor de las maravillas las comprende; ninguno otro puede hacerlo.

(PASCAL: *Pensamientos*, Artículo VI, § IV.)

42. Es cierto que si la mutación se verificase sin dolor, no se percibiría ni sentimiento ni placer; un contrario no sentiría á su contrario; si no hubiese entre ellos combate, no habría generación, y el caos inmenso absorbería lo creado. Por esto es preciso que en el momento del cambio las cosas sientan, para que se resistan y transformen exactamente, según la voluntad que rige al mundo.

Yo me decía, dudando: así como no me cuido de la destrucción de los árboles y frutos de que me alimento y de los seres que me rodean, así el sol, padre de los hombres, y la tierra, su madre, destruyen sus hijos; así Dios no parece mostrar gran piedad por nuestros males, interesándose, sin embargo, por el todo. De aquí que para su gloria nos haga pasar de vida en vida; porque no se sale jamás del círculo que él traza. Quizá Dios mismo se transforma dulcemente como Proteo, y en este su cambio absorbe la naturaleza. Yo he supuesto cosas más increíbles.

Mas no, yo reconozco que tú eres inmutable; los deseos y los cambios de cada ser fueron previstos por ti y nada te es nuevo. Comprendo que tu primera voluntad haya podido dividirse en dos voluntades compuestas de ser y de no ser; y que la una forme á los seres y la otra les haga obrar. Comprendo que el ser creado, lo es por ti y no por él. Porque por él cambia y por ti resiste al nacimiento y se esfuerza en imitarte. Y él procura representar tu idea pasando por transformaciones sucesivas, porque no siendo infinito, no puede representar la idea infinita en una sola transformación. He aquí la causa del dolor del cual el bien resulta.

Los errores de la naturaleza, que son — yo lo declaro —la raíz de los de nuestra existencia, no vienen de ti, ¡oh mi Dios! sino que tienen su origen en la guerra continua de los contrarios, y esta guerra viene del nacimiento. No te conviene terminar esta lucha y hacer que una cosa se torne en otra; por-

que el bien que en sí lleva tanto cambio, no tendría lugar; tu gloria cesaría de ser escrita en los innumerables seres que se transforman y que son felices cuando se aproximan á tu esencia y desgraciados cuando tienden á la mutación, á la cual les llama el nacimiento. De donde deduzco que tu sabiduría no duerme, sino que yo, en el nacer sumido, me extravío.

(CAMPANELLA: *Psalmodia metafísica*, 2.ª canción.)



BIBLIOGRAFÍA

Nueva vida.
Modo de evitar las enfermedades.
Regulación de la salud.
Preocupaciones y realidades.

Los anteriores títulos corresponden á tres folletos y una hoja que el Sr. Forga, propagandista americano del vegetarismo, nos envía desde Arecipa, Perú. El primero está formado por frases de hombres ilustres (Lamartine, Michelet, Bossnet, etc.), en pro de la alimentación vegetal; el segundo es un extracto de prácticas vegetarianas, seguido de opiniones de Wirchow, Pope, Voltaire, Rousseau, etc., sobre la materia, su autor es el alemán Grawitchley. Trata el tercero de los alimentos en las «hosterias de salud» vegetalistas. La hoja es la narración de un caso de tisis, curado por el régimen vegetariano.

Realizaremos con gusto la propaganda que el Sr. Forga nos ruega, y á la vez recomendamos á dicho señor la lectura de unos curiosísimos trabajos publicados en *Estudios teosóficos* (serie 2.ª) sobre vivisección, zoofagia y *vegetarismo*, originales de Renato Caillie.



La Biblioteca ***La Irradiación*** (Madrid, barrio de D.ª Carlota, calle de Prim, 10, hotel), nos envía un curioso folleto de Richard, *¿El mundo será eterno?*, en el que se tratan científicamente varios problemas cosmogónicos. Asimismo nos envía su oportuna publicación *Los boers*, en la que se estudia extensamente el joven pueblo transvalense.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.